

Stella, la novia provisional



Miguel Ángel Itriago M.

Stella, la novia provisional

Miguel Ángel Itriago Machado

mitriago@gmail.com

Todos los derechos reservados conforme a la Ley.
Portada: ID: 21729099©Valuavitaly/Dreamstime.com

Índice

Dos jardineros
Una chica frente a los vestidores
En bandeja de plata
Linda cuidadora
Fuego juvenil
Olvida lo que has visto
¿Cuál trabajo en equipo?
¡Tarde piaste, pajarita!
La Apagafuegos
Por fin, llegó el lunes
Angustiosa espera
Amor y fútbol, separados
“Bigote de morsa”
El pasado golea
La búsqueda
Un loco en el techo
La belleza puede olerse
El bolso
Ismenia
El padre de Rosa
Huellas
Cambio favorable
El tratamiento de Rosa
La ansiada noche de Manuel
El nuevo astro del equipo
Megan, la eterna rival de Ismenia
El viejo Jairo
El peligro tiene hermanos
Una bella pierna de mujer
La dueña de la pierna
Un rostro desfigurado
El descenso
Maku
En la morgue se portan mejor
Más restos
Aparece el cuerpo de Stella
La cabaña 16
Los cuerpos
La lista
La explicación
La reacción de Diana
Una sonrisa triunfal
¡Mío, o de nadie!
El suicidio

Stella, la novia provisional

Dos jardineros

El profesor Julián Marcano, director del liceo más importante de la ciudad, se levantó ese día viernes con la seguridad de que el fin de semana que se avecinaba sería, para él y para los alumnos de su plantel, tan monótono como los precedentes.

Los alumnos estaban emocionados y entusiasmados por la final de la copa de fútbol; y eso los mantendría tranquilos, en opinión del director.

Pensó que, a lo máximo, como solía acontecer, algún padre o representante lo llamaría a su casa para reclamarle que su hijo o hija había salido mal en los exámenes, o que habían descubierto drogas en su cuarto, o que después de las clases se había ido de parranda y no había llegado temprano a casa.

Pero esas eran cosas normales para él. Llevaba más de treinta años al frente de ese instituto, y siempre esos pequeños líos se arreglaban solos y de manera más o menos satisfactoria.

—Este instituto no es un monasterio, ni un convento, sino un centro donde conviven numerosos machos y hembras en celo, recién salidos de la pubertad.

Los padres se quejan de que les es difícil controlar a sus hijos; pero me dejan toda la carga; ¡y son cientos de muchachos!

¡Apenas pueden controlar a una sola hija, y pretenden que proteja la virginidad de más de 200 jovencitas, asediadas por igual o mayor número de jóvenes!

Durante varias décadas he dirigido un hervidero de juveniles pasiones.

Dudo que en esta ciudad alguien tenga más experiencia que yo.

Marcano entró al liceo, y, como todos los días, saludó cordialmente a su viejo amigo, el jardinero, Jairo Fuentes; y pensó:

—Cada quien es feliz a su manera:

Jairo, a pesar de haber sido un brillante ingeniero, encontró la felicidad sembrando matas en este Instituto y viéndolas crecer.

Y yo, soy feliz sembrando valores y cultura en mis alumnos, y viéndolos crecer.

Algunos me tratan con cariño, otros no tanto; pero me queda la satisfacción del deber cumplido.

Lejos estaba el anciano director de imaginar cuán diferente a los otros sería ese interminable fin de semana.

Una chica frente a los vestidores

Camino a la dirección, Marcano se cruzó con Stella Cardinale, una de sus más bellas y simpáticas alumnas.

—Feliz día, hija, ¿a dónde vas, tan alegre y apurada?

—Al gimnasio, profesor Marcano.

—Haces bien. Mente sana en cuerpo sano.

—Tiene razón. Feliz día también para usted.

Stella era una linda, alegre y simpática joven. Aunque acababa de salir de la pubertad, representaba más edad, pues era vivaz y poseía un cuerpo hermoso y bien desarrollado.

Normalmente se le veía junto a Ismenia Torres, casi tres años mayor que ella, también hermosa.

No obstante, las cada vez más frecuentes visitas de Stella a su amiga obedecían a su interés en ver a Luis Miralles, considerado el mejor deportista del instituto y campeón de fútbol de la región.

Para hacer alarde de su experiencia amorosa ante la joven, Ismenia había cometido el error de contarle con todo detalle sus relaciones con Luis, lo que había repotenciado la pasión que Stella sentía por el joven atleta y provocó que se propusiera conquistarlo.

Cuando veía al futbolista solo en los pasillos del plantel (lo que era muy frecuente, porque conocía todas sus rutinas) la muchacha aprovechaba para abrazarlo y hacerle notar que se había desarrollado y que su cuerpo era más voluptuoso y sensual que el de su novia.

Esa tarde, Stella salió dispuesta a no seguir represando su pasión.

Encontró “casualmente” a Luis en el jardín del gimnasio cuando el joven y sus amigos, empapados por el sudor, regresaban de su diaria faena de ejercicios.

El menor de ellos, Beto, siempre buscaba la compañía de Stella, pero esta lo rehuía.

La joven corrió hacia el grupo de estudiantes, y con gran alegría abrazó a Luis tan efusivamente que el deportista entendió que no era un inocente saludo de amigos.

Turbado por esa apasionada demostración de afecto, el joven se separó de sus acompañantes, quienes riendo y bromeando por el abrazo (excepto Beto), siguieron su camino hacia las duchas y vestidores del gimnasio del liceo.

Secándose el rostro y el pecho con una toalla, Luis le dijo:

—¡Cuidado, Stella! Recuerda que Rosa estudia con Ismenia y podría llevarle el chisme. Además, estoy sudado.

—¡Así me provocas más! No te preocupes por tu noviecita: el profesor González le asignó un trabajo de ciencias que tiene que hacer en equipo con Manuel, y ella misma me pidió que te dijera que no la esperaras a la salida, porque tardará.

—¿Va a quedarse con Manuel? ¿Con ese pesado? ¡La pobre no lo soporta!

—No creas. “La pobre” y “el pesado” ahora se entienden muy bien. ¡Demasiado bien!

Desde hace algún tiempo están trabajando “en equipo”, aunque tú no lo has notado.

Pero no te angusties, aparte de unos apasionados besos y caricias, todavía nada ha pasado entre ellos. Él es muy despistado y tarda en arrancar.

—Ismenia me ama, no la creo capaz de hacerme eso.

—Se enteró de que después de la discusión que hubo entre ustedes la semana pasada, te fuiste a la casa de Megan, y decidió vengarse.

—¿Cómo se enteró?

—¡Se lo dijo la misma Megan!

—Es verdad que la visité, pero solo porque la encontré casualmente frente a su casa y me invitó a pasar para hablar de las competencias.

Además, ella es la novia de Alfredo Corrales, mi compañero de equipo. Solo hablamos unos minutos de fútbol.

Después me retiré. Allí no hubo infidelidad alguna, ni mía, ni de Megan.

—Entre las dos existe un viejo “pique”.

—¿Discuten por mí?

—Aunque no lo creas, desde niñas ambas se disputaban al sabelotodo de Manuel. Megan lo conquistó primero, pero después él no quiso tener nada con ella y le confesó que era de Ismenia de quien estaba realmente enamorado.

Desde entonces Megan ha querido vengarse de ella, y ahora tú estás en el medio. Por eso, a tu novia le disgustó tanto que visitaras a su enemiga.

—¿Cómo puedes estar tan enterada de todo eso?, eres muy joven y...

—¡Dame una oportunidad y te demostraré que soy tan mujer o más que Ismenia! Ella me lleva menos de tres años; y tú, solo cuatro.

De quien tu novia debería estar celosa no es de Megan, sino de mí, pero me ve como una tonta niñita que todavía se conforma con chuparse el dedo.

—¿Por qué ella debería celarte? ¡Nunca ha habido algo entre tú y yo!

—¿Estás seguro, Luis, de que nada ha habido entre nosotros?

¿Crees que no noto cómo reaccionas cuando te abrazo, incluso frente a Ismenia?

Antes, ni me veías. Pero ahora apenas puedes contenerme. ¡Te gusto!

Una mujer sabe cuándo un hombre la desea. Eso se nota, hasta físicamente. ¿Vas a negarme que te agrado?

—Claro que me gustas, Stella, pero...

—¿Pero qué? ¡Deberías admitir que te atraigo más que Ismenia!

Pronto ella te abandonará para irse con Manuel, y me necesitarás para consolarte...

Ya no quiero seguir oyendo sus cuentos sobre las cosas que ustedes hacen. ¡Quiero vivirlas yo misma, contigo!

—Stella, todavía eres muy joven y...

Luis no pudo seguir hablando, porque por el camino aparecieron Ismenia y Manuel. Venían muy juntos y alegres.

Por otro sendero surgió Jairo, llevando una pesada carretilla llena de tierra para matas.

Además, los otros estudiantes salieron del vestuario y se unieron al grupo.

Como por arte de magia, Stella dejó su papel de seductora mujer y volvió a ser la ingenua muchacha que le hacía los mandados a su amiga:

—¡Hola, Ismenia! Acabo de darle a Luis tu mensaje, lo busqué por todas partes, pero estaba escondido por aquí.

—Gracias, Stella. No te molestes. Pensamos que habías olvidado nuestro recado y vinimos a dárselo personalmente.

Jairo nos informó que Luis estaba en el gimnasio...

Luego, volviéndose a su novio, Ismenia le dijo, con estudiada frialdad:

—¡Hola, Luis! El trabajo que nos mandó ese idiota de González será más largo y complicado de lo que Manuel y yo supusimos.

Nos invitó para que con otros de sus alumnos fuésemos a su casa de campo, a fin de estudiar unos terrenos que tienen que ver con el tema.

Lo más probable es que tengamos que quedarnos allá hasta el lunes.

Un sombrío Luis le contestó:

—¿Por qué no me avisaste por teléfono? ¿No podría yo ir con ustedes?

¡Había reservado una mesa en el club para que cenáramos juntos...!

—Lo siento Luis. Pero González nos advirtió que no podríamos llevar a nadie más.

Ese trabajo es muy importante para recuperar mi nota y, como sabes, Manuel es el mejor y más inteligente alumno de la clase.

Luis miró con rabia y desprecio a Manuel, quien avergonzado bajó la mirada.

Stella no dejó escapar la oportunidad:

—¡Yo puedo acompañarte a esa cena, Luis! ¡Al restaurante del club, a donde sea! Así, tu novia tendrá la seguridad de que durante este fin de semana estarás en buenas manos y no te buscarás a otra.

Ismenia no quiso mostrar a Luis que estaba celosa, y “celebró” la propuesta de su amiga:

—Ja, ja. ¡Cuidámelo, Stella! ¡Pero me lo devuelves el lunes...!

—Descuida, te lo devolveré, con unos kilos de menos...

Jairo oyó la conversación y pensó:

—*¡Zamuro cuidando carne!*

En bandeja de plata

Al abandonar el área de los vestidores del gimnasio, Beto exclamó:

—¡Eso no está bien!

—¿Qué es lo que no está bien, Beto? Le preguntó Rosa.

—Que Ismenia y Manuel jueguen de esa manera con Stella. Para preparar su escapada, se la están poniendo en bandeja de plata a Luis.

¡Eso no se hace! ¡Es inhumano! Stella podría ser la hermana de cualquiera de ustedes.

¡Tenemos que hacer algo para evitar que se vaya con Luis, amigos!

Ronald, un amigo y condiscípulo de Beto, intervino:

—Nada podemos ni debemos hacer, Beto. Stella no necesita que la protejan como si fuera una indefensa adolescente.

Ya es una mujer y la he visto coquetear con Luis, como una vampiresa.

Además, ¿crees que no he observado cómo la sigues, a todas partes?

Ella también lo ha notado y te huye. Apenas te ve, toma otro rumbo y se esconde.

Lo que pasa es que sabes que Luis se te adelantará; y que no tienes forma de evitarlo.

Te aseguro que esta noche será la más feliz de nuestra compañera. ¡Me alegro por ella!

Otro del grupo añadió:

—Ismenia está saliendo con ese adiposo ratón de bibliotecas, solo para darle celos a Luis; pero después del lunes se reconciliarán, y Luis regresará con Ismenia.

Se aman. ¡Los conozco!

Beto expresó su preocupación:

—Nada bueno puede salir de esa provocación. Luis tiene un carácter muy fuerte, por algo es el capitán del equipo.

Ismenia es vengativa e impulsiva. Es cierto que también es inteligente, pero los celos la están cegando.

Manuel es un idiota, aunque sea el mejor estudiante del instituto.

Prefiere amanecer leyendo libros, que estar con una mujer.

Sin embargo, lleva años represando frustraciones y sufriendo las humillaciones de Ismenia.

Algún día de estos estallará, y entonces será capaz de cualquier cosa, hasta de matar.

Ronald se burló de Beto:

—¿Manuel capaz de matar a alguien? Será de aburrimiento. ¿Un asesino? Ja, ja, ja.

¡No sabes lo que dices, amigo!

El joven se separó del grupo, disgustado.

Su exnovia, Rosa, le reclamó:

—¡No vayas detrás de ellos, Beto! ¡No te metas en ese asunto!

Te ofendes porque sabes que Ronald te dijo la verdad.

¡Siempre has estado loco por esa zorra cuya supuesta inocencia y virginidad pretendes defender a capa y espada!

Furioso, Beto se alejó aún más de ellos, no sin antes advertirles:

—¡Allá ustedes con sus conciencias!

¡No me quedaré con los brazos cruzados!

Rosa le ripostó, en tono burlón;

—No seas ingenuo, Beto. Es evidente lo que esa mujer está buscando, y nadie está obligándola a salir con Luis.

Quisiera yo estar en el lugar de Stella y “arriesgar mi vida” siendo la feliz acompañante del campeón, aunque solo sea este fin de semana.

Es Luis quien está cayendo en la trampa de ella, y no al revés.

Lleno de ira, Beto le respondió:

—¡Acabas de mostrarte tal cual eres!

Te equivocas. No todas son como tú.

No terminé contigo por causa de Stella.

Linda cuidadora

En el camino de regreso al estacionamiento, Manuel comentó a Ismenia:

—Creo que Luis no se tragó lo del trabajo en equipo... Ni siquiera me saludó. Me miró con odio y rencor.

Seguro que Stella le insinuó que era una escapada. Esa muchacha es más viva de lo que parece y le gusta sembrar cizaña. ¿Crees que puedes confiar en ella?

—¡No confío en ella, Manuel! Sé que tiene una enfermiza admiración por Luis y no me la oculta.

He notado sus trucos para hacerse ver por él. Pero me hago la tonta, porque sé que Luis solo comerá en mi plato. Después la pondré en su sitio.

Sin embargo, prefiero que mi novio esté con ella, a que me lo quite mi enemiga, Megan.

Stella cree que gracias a su astucia logró quedarse estos días con mi novio. Ignora que fui yo quien programó eso.

Lo más probable es que en esa cena romántica se limite a mirar extasiada los ojos de su admirado Luis, sin intentar llegar a algo más.

Tiene cuerpo de mujer, pero su mente es todavía la de una adolescente. Se conformará con unos besos o unas caricias.

Manuel le respondió:

—Estás pensando como mujer, y es lógico, cariño, porque lo eres; pero los hombres no siempre actuamos de acuerdo con ese patrón.

—Me consta, Manuel, que este año esa muchachita se ha desarrollado velozmente: siempre fue bella, pero ahora adicionalmente tiene un hermoso busto, un vientre plano, bellas piernas, redondeados muslos y, sobre todo, mucha curiosidad y deseos.

Beto y Ronald están locos por ella. Las mujeres la observamos con envidia.

Pero yo la conozco a fondo y sé que le faltan algunos meses para que llegue a representar un peligro para mí.

Todavía me respeta y me teme. No se atreverá a robarme a mi novio.

Mientras Stella esté “supliéndome”, asumiendo de manera provisional e ingenua mis funciones de novia fiel, tú y yo estaremos libres.

Mi amiga tendrá a Luis a buen recaudo, y Megan se quedará con las ganas: ¡no podrá competir con Stella y conmigo juntas!

—Estás contemplando el asunto solo desde el ángulo de Stella. ¿Y si es Luis quien toma la iniciativa? Recuerda que estarán libres todo el fin de semana. ¡Es mucho

tiempo! Ella podría desplazarte.

—¿Qué te pasa? Te creía más inteligente. ¿En qué podría perjudicarte que Luis y Stella se amen?

—Le has entregado demasiado a ese engreído de Luis, pero nada has recibido de él a cambio. Yo nunca he amado a otra mujer y estoy dispuesto a todo por ti.

—¡Basta, Manuel! ¡No vuelvas a tocarme ese tema! Recuerda que convinimos que durante este fin de semana no habría nada romántico entre nosotros.

Además, estás arrancando mal: con mentiras no lograrás conquistarme. Dices que nunca has amado a otra mujer... ¿Y a Megan?

¿Qué tiene esa bruja de especial? ¿A Luis también le gusta! ¿Tiene mejor cuerpo que yo? ¿Utiliza alguna técnica especial?

Manuel guardó silencio.

Ismenia continuó:

—¡Con tus tontos celos estás a punto de echar a perder los dos días más felices de tu vida, Manuel! Muchos hombres quisieran estar en tu lugar.

—Solo espero que ese fin de semana también sirva para que me aprecies, no solo como trofeo.

—¡Bájate de esa nube, Manuel!

El lunes todo volverá a ser igual que este viernes.

Lo único diferente será que Luis y yo habremos recargado las baterías, cada uno por su lado; Stella estará feliz de haber tenido una noche romántica y sensual con mi novio; y tú habrás hecho realidad tus deseos de estar conmigo.

¡Pero Megan habrá perdido la guerra!

Fuego juvenil

Desconcertado por la forma como se habían precipitado los acontecimientos, Luis pidió a Stella.

—No termino de asimilar lo que está sucediendo.

¿Podrías esperarme aquí, mientras entro al vestuario y me cambio? No tardaré.

—Si quieres, te ayudo a cambiarte.

A pesar de lo triste y malhumorado que estaba, Luis no pudo menos que reír.

—No dejas pasar una oportunidad, Stella. Vuelas con jaula y todo; pero me gustaría estar más presentable frente a mi novia provisional, no vaya a ser que se desencante de mí.

—No tienes que sentir remordimiento por haber visitado a Megan, ni por lo que harás conmigo. Ella siempre te jugó sucio.

¡Te libré de esa pesadilla!

—¿Tú me libraste de Ismenia? ¿Qué hiciste?

—Amarte como ella jamás lo ha hecho. ¿Te parece poco?

—¿Qué sabes tú del amor, Stella? ¡Eres muy joven!

—No soy una niña... ¡Hoy mismo te lo demostraré!

—Vas rápido, Stella, pero estás jugando con fuego.

—Ja, ja. No juego con fuego, querido: ¡Soy el fuego! Y esta noche comeré Luis a la brasa.

Riendo, el joven entró a los vestidores.

Olvida lo que has visto

Detrás de un árbol, el joven Beto había oído la conversación y quiso acercarse a los vestidores, pero una mano de hierro lo agarró por el brazo y se lo impidió.

Se volteó y vio los ojos grises y el curtido rostro del viejo Jairo.

—No hagas esa tontería, Beto. Lo lamentarías toda tu vida.

—¿No la oíste, Jairo? ¡Ella está loca por ese imbécil! ¡Está a punto de cometer un grave error!

—Tú también. Stella maduró. Eso no depende de ella, ni de Luis, ni de ti.

—Pero es mi deber, Jairo: tengo que defenderla.

—Lo sé, hijo. Pero no puedes interrumpir el curso de la naturaleza.

Vete a la residencia y trata de olvidar lo que has visto y oído esta tarde. Nada ganarás rumiando ese dolor.

Hay cosas que ocurren, por más que uno quiera evitarlas, Beto.

A veces, lo que los seres humanos consideramos malo, al final resulta bueno; y lo que creemos bueno, malo.

—Dices eso, porque nunca has pasado por lo que yo estoy transitando...

—Estás equivocado, muchacho. He pasado por muchas cosas duras en la vida, pero las peores fueron por actuar como ahora estás actuando tú.

—La rabia no me permite ver ninguna otra salida, Jairo.

—¡Retírate pronto, hijo! ¡Vete de aquí! Cualquier camino que en este momento te aleje de este lugar, será el correcto. ¡Aún estás a tiempo!

La firme mano de Jairo sobre el hombro de Beto condujo al joven directamente al estacionamiento.

El jardinero no regresó al área frente a los vestidores, hasta que vio al muchacho salir del plantel manejando su pequeño vehículo azul.

Beto simuló irse en su VW, pero apenas llegó a la esquina, tomó el retorno y regresó al plantel, entrando por otra puerta.

¿Cuál trabajo en equipo?

Mientras Luis se cambiaba, Stella entró al vestidor de damas, sustituyó sus ropas por otras más sensuales, que tenía en su *locker*; se perfumó todo el cuerpo; se maquilló; y soltó dos botones a su blusa, para hacer aún más visibles y provocativos sus senos.

El Luis que poco después salió de los vestidores era un joven diferente al que había entrado poco antes en ellos: bañado, afeitado y bien vestido con ropas casuales, pero de marca.

La alegría había reemplazado en su rostro la rabia y la tristeza que le produjo la sospecha de que Ismenia no le era fiel.

Stella lo miró, o mejor dicho lo admiró, con sus grandes ojos color de miel, brillantes por la emoción y los deseos.

Lo analizó lentamente, de arriba a abajo, sin disimulo alguno, con evidente curiosidad y anticipada lujuria; y una sonrisa de aprobación y de satisfacción brotó en su hermoso rostro.

—¡Soy toda tuya, Luis! ¿A dónde me llevarás?

—Tú eliges, querida.

—Quiero un lugar apartado, donde estemos tú y yo solos. Nadie más.

—¿No querías ir al club?

—No. Esa cena no era para mí. Llévame donde nada te recuerde el pasado.

Abrazados y riéndose, los dos jóvenes tomaron el sendero hacia el estacionamiento y se toparon de frente con Juan González, el profesor de Ismenia.

El profesor los conocía y les dijo, sorprendido:

—Hola, Luis, te veo muy elegante.

¿Eres tú, Stella? ¡Estás bellísima!

¿Para dónde van los dos tan arreglados, felices y apurados?

Stella fue quien le respondió:

—Ismenia me pidió que le cuidara a Luis, mientras ella y Manuel hacen el trabajo que usted les asignó para este fin de semana.

Sin poder dejar de admirar a Stella, el profesor aclaró:

—¡Debe haber algún error, muchachos! No asigné trabajo alguno a Manuel y a Ismenia.

Además, mi materia terminó la semana pasada. En el examen final Manuel sacó la máxima calificación, como siempre; e Ismenia obtuvo una nota baja, pero aprobó.

Luis preguntó:

—¿No los invitó usted a pasar el fin de semana en su casa de campo, para estudiar unos terrenos?

—¿Cuál casa de campo, Luis? ¡Nunca he tenido una! Vivo y duermo en una pensión en

el centro de la ciudad, que apenas puedo pagar con mi sueldo. Creo que se confundieron de profesor.

¡Diviértanse muchachos! ¡La vida es bella! ¡Nos veremos de nuevo el próximo trimestre! ¡Cúidense!

¡Estás encantadora, muchacha! ¡Yo también necesito que me cuides!

Stella exclamó:

—Gracias, profesor.

Luis quedó mudo. Caminó varios metros en absoluto silencio, con la cabeza abajo.

De pronto se detuvo, abrazó fuertemente a Stella, la levantó con sus fuertes brazos, y la besó.

—¡Vamos! Tienes razón. Dejemos el pasado atrás.

Stella no pudo evitar preguntarle:

—¿Seré tuya solo hasta el lunes, Luis?

—Hasta que tú quieras, cariño.

¡Tarde piaste, pajarita!

El “fin de semana” de Ismenia y Manuel solo duró unas horas; y de erótico o placentero, nada tuvo.

Ismenia se dio cuenta del grave error que había cometido, y, arrepentida, marcó varias veces el número de Luis, pero no pudo comunicarse con él.

También intentó contactar a Stella, quien tampoco atendió sus numerosas llamadas.

En el club social al cual solía ir con Luis a cenar y a bailar, le confirmaron que su novio había reservado una mesa, para dos personas, adornada con una rosa, y que pidió que le pusieran a enfriar su vino preferido. Pero que no había ido.

Ismenia pensó, tragando bilis:

—¡Qué tonta fui! ¡Todo eso era para mí! Luis estaba arrepentido; y yo misma le entregué mi novio a esa mujer.

Ahora tengo otra rival, más joven y bella que Megan, y, por tanto, más peligrosa.

¡Me dejé vencer por una inexperta muchachita!

Manuel, por su parte, quien tenía una imagen idealizada y romántica de Ismenia, entendió que era una mujer dura, implacable, cruel.

Se encontró solo en el cuarto del hotel. Su pareja había dejado el nido que con tanto amor le había preparado.

Se levantó, pagó la cuenta y se marchó, furioso y desencantado, evitando responder las preguntas del gerente sobre las causas de que abandonara el hotel antes del lunes.

Tuvo que tomar un taxi para ir a su casa, pues Ismenia se había llevado su auto

Apenas llegó a su apartamento, llamó a Megan.

Ella le dijo:

—¿Qué te pasó, Romeo? ¿Por qué me llamas tan temprano? ¡Todavía estoy en cama!
¡Son las siete de la mañana! ¡Estoy acompañada!

—Te llamaba para decirte algo que te agradecerá.

—Dudo que a estas alturas puedas decirme algo que me agrade... ¡Eres un maldito traidor! ¡Te vendiste a mi peor enemiga! ¡Te dejaste embaucar por esa asquerosa bicha!

—Lo que quería decirte es que anoche estuve en un hotel con Ismenia.

—¿Y para eso me llamas, estúpido? ¿Eso es lo querías comunicarme? ¿Te mandó ella a decirme eso? ¿Creen que me afecta?

¡Me importa un comino que malgastes la noche con ella o con quien te dé la gana!

—Únicamente quería manifestarte, Megan, que tenías razón ¡Eres muy superior a

Ismenia!

¡Tu cuerpo es mucho más bello que el de esa basura!

Ahora la desprecio tanto o más que tú.

Megan enmudeció por unos segundos. Luego le dijo:

—¡Vaya, vaya, Manuel! Es la primera vez que logras sorprenderme con algo verdaderamente grato.

¿Qué te hizo ahora Ismenia, para que dejaras de idolatrarla y por fin te dieras cuenta de algo tan obvio?

—Nada. Solo mostrarse como es.

—¡Lástima que descubriste eso muy tarde, querido!

Debiste tener mucho antes esa apasionada noche con esa culebra:

¡Otro hombre, más rápido, más guapo y por lo visto también mucho más inteligente y sensual que tú, ocupa y disfruta ahora todos mis espacios!

La Apagafuegos

Rosa estaba muy alterada. Llegó a su cuarto, y aunque era de día, la invadió un sueño profundo, pesado.

Soñó que había hecho cosas horribles, espantosas.

Una hora más tarde se levantó, asustada, porque no podía distinguir si las cruentas imágenes que habían pasado por su mente habían sido generadas por su loca imaginación o habían sido reales, causadas por la ira que la embargaba.

Se desvistió y miró en el espejo y no pudo creer que la imagen que el cristal reflejaba fuese la suya.

Ni siquiera tenía cuerpo de mujer. Era casi plana: ninguna redondez, nada que pudiese provocar a un joven como Beto, ni a otro.

Sabía que la llamaban la Apagafuegos, porque no había sido capaz de mantener a un hombre a su lado.

En los estudios obtenía buenas calificaciones, pero su punto débil era, precisamente, su cerebro. Tenía que estudiar el triple de lo normal para aprobar sus asignaturas.

Su vida amorosa había sido un fiasco: su relación con Beto fue totalmente unilateral: ella lo amaba y él se dejaba amar; hasta que él descubrió su “problema”.

Como era de esperar, ese amor también se apagó pronto.

En parte se consideró culpable: había dejado de tomar sus medicamentos.

—¿Quién podía pensar que la tonta Stella, más flaca que yo, se transformaría de la noche a la mañana en esa bomba sensual?

Lo de hoy fue terrible. Debí decirle a Beto la verdad: que soy una loca, la Apagafuegos.

Las voces reaparecieron. Quieren que haga algo muy malo. ¡No tomaré más medicinas!

Por fin, llegó el lunes

El lunes, todos los estudiantes esperaban con ansiedad el regreso de Luis y su nueva pareja. Lo de su “noviazgo provisional” se había difundido por todo el plantel.

También estaba en las bocas de alumnos y profesores la escapada de la otra “pareja”, la de Ismenia con Manuel durante ese mismo fin de semana.

Estos últimos llegaron cada uno por su lado; y todos se burlaron e hicieron chistes pesados sobre la cara de frustración y rabia de Ismenia, y la de humillación, impotencia y decepción de Manuel.

Los estudiantes sabían que su compañera estaba interesada en que, de acuerdo con lo convenido, su amiga le “devolviera” a su campeón.

Sin embargo, sus compañeros deseaban que Luis se quedara con Stella, pues Ismenia tenía un carácter conflictivo y pendenciero; y no mantenía buenas relaciones con ellos.

En cambio, la “novia provisional”, era un encanto de mujer, pues además de ser mucho más joven y bella, desbordaba simpatía.

Todos se agolparon frente a la puerta del aula de Luis, quien estudiaba en un nivel superior al de Ismenia y, por supuesto, a la del de Stella.

Pero como el futbolista no se presentó ese día, Ismenia, con el rostro desencajado por la ira y por la tensión, tuvo que irse a su salón.

Se sentó en el fondo, bien lejos de Manuel; lo que arrancó una sonrisa de satisfacción a su rival, Megan.

Manuel no levantó la vista de su cuaderno de apuntes.

Luis no apareció en esa ni en ninguna otra clase del lunes.

Tampoco Stella se presentó ese día en su aula, en un nivel inferior.

Cuando terminaron las clases del lunes, Ismenia salió furiosa de la sala e, histérica, levantó y tiró al suelo uno de los hermosos maceteros que adornaban el pasillo. Después pisoteó y espaturró la pequeña planta que contenía, hasta volverla una masa vegetal.

En el mismo salón hubo otras dos notables ausencias: Rosa y Beto tampoco fueron a clases.

Cuando los alumnos se marcharon, Jairo acudió al lugar donde Ismenia había destruido el macetero y colocó otro en el mismo sitio, con una planta igual de bella que la anterior.

El anciano se preguntó:

—*¿Qué habrá sido de Beto?*

El viernes, cuando lo acompañé al estacionamiento me dijo que estaba arrepentido de lo que le había dicho a Rosa; que había descubierto que la pobre tenía un gran problema; y que él, en lugar de ayudarla, la había hundido más, y frente a sus compañeros.

*Este centro se ha convertido en una olla de presión.
¡En cualquier momento explotará!*

Angustiosa espera

La expectativa por el regreso de los cuatro alumnos aumentó en el siguiente día.

En el complejo deportivo del centro, Ronald dijo a sus amigos:

—Estoy seguro de que hoy sí veremos a Luis. Puedes apostar lo que quieras a que aparecerá.

Quizás no asistió a clases, porque es más sabroso estar con una deliciosa jovencita que oyendo tediosas clases de matemáticas y de química, pero al estadio sí vendrá.

Por nada del mundo nuestro amigo se perderá el juego de esta tarde: es la final de la copa y ha sido el capitán más exitoso del instituto.

Además, hoy jugaremos contra nuestros eternos rivales.

Gonzalo, el entrenador, tenía otra preocupación:

—Espero que Stella lo haya dejado descansar algo. El juego será difícil y exigente y Luis tiene que estar en muy buenas condiciones físicas, ya que es nuestro principal delantero y goleador.

Sin Luis, estaremos perdidos.

Ronald tranquilizó al entrenador:

—Es probable que después de ese agotador fin de semana con su amante provisional, ese bandido se haya tomado un merecido descanso para recuperar fuerzas e integrarse a nuestro equipo.

Es el nominado con mayor opción de obtener el premio al mejor jugador de la copa. Sé que por nada del mundo dejará de venir a esa competencia. Le lloverán los contratos.

Cualquiera, en su caso, habría hecho lo mismo: quedarse un día más de luna de miel con Stella; pero ni ella podrá impedirle venir hoy para conquistar ese nuevo galardón.

Los dos amantes son fanáticos del fútbol. Es posible que estén juntos, celebrando anticipadamente el triunfo de nuestro equipo.

Una de las amigas de Ronald le preguntó:

—Hablando de eso, ¿crees que Luis volverá con Ismenia?

—No, princesa. Para él eso sería como si lo bajarán a la segunda categoría.

Tiene en sus brazos a una de las mujeres más bellas y sensuales del plantel. No hay hombre que no lo envidie, incluyéndome.

Después de Luis, Alfredo Corrales era el jugador de fútbol con la mayor puntuación, y era también un fuerte candidato para obtener el premio al mejor jugador de la copa.

En su fuero íntimo, Alfredo deseaba que Luis no se presentara para que no lo opacara.

Pero también intervino en la conversación:

—Hablas como si solo hubiesen desaparecido Luis y Stella. Olvidas que hay otros dos: Beto y Rosa. Son mejores personas y más importantes que ellos.

Es difícil creer que los cuatro se hayan puesto de acuerdo para disfrutar en conjunto de una escapada. Beto estaba indignado y jamás se prestaría a eso.

Además, a nadie se le puede ocurrir pensar que la Apagafuegos pueda participar en un acto de esa naturaleza.

¡Sería una frustración colectiva!

Todos rieron la burla de Alfredo.

Una amiga de Megan comentó:

—Opino igual que tú, Alfredo. No creo que se trate de una escapada sentimental colectiva. Todos habrían regresado en muy corto plazo.

Lo más lógico es que por pura casualidad o por despecho, cada pareja haya decidido gozar de su fin de semana por separado.

La circunstancia de que Beto y Rosa tampoco hayan aparecido no quiere decir que estén con Luis y Stella. Pueden estar gozando juntos. ¡Un clavo saca otro clavo!

Ronald volvió a opinar:

—Que Beto y Rosa estén juntos es muy poco probable. Es verdad que Beto es un buen deportista, aunque no tanto como Luis y tú, Alfredo; pero el interés de Rosa no era por el fútbol sino por el futbolista, solo venía a verlo a él.

No obstante, ahora muchas cosas han cambiado: recuerda que Beto la dejó, que está obsesionado por Stella; y que por eso mismo Rosa no puede ver a esa joven ni en pintura.

—¿Entonces, dónde están?

La pregunta quedó flotando en el aire...

Otra muchacha del grupo expresó:

—Beto y Rosa también tienen motivos para sentirse mal por ese nuevo romance de Luis. ¡Ya se les pasará! Es posible hasta que se hayan reconciliado.

Alfredo se limitó a comentar:

—Es raro: los cuatro estaban juntos el viernes frente a los vestidores. Los vi. Todos parecían felices, reían. Hoy están distanciados, enemistados y desaparecidos.

Algo pasó este fin de semana, y no fue bueno. Y todo es culpa de Luis. Ese engreído va sembrando problemas por donde pasa.

—Estás hablando como Jairo, Alfredo. Ten cuidado, eso espanta a las muchachas.

—Ja, ja. Tienes razón, Ronald. El viejo siempre habla con ese aire de superioridad y

de misterio, como si pudiera ver el futuro.

—Es posible que sí lo vea: normalmente acierta.

Otra de las asistentes, añadió:

—Jairo quiere a Beto como si fuera su nieto. El muchacho es huérfano y él se ha convertido en su protector.

El entrenador estuvo de acuerdo con lo expresado por la muchacha:

—El director comentó que Jairo es más instruido de lo que parece.

En lugar de estar trabajando como jardinero, el viejo podría ser ayudante en las clases de física, química y matemáticas. Domina esas materias.

El director del Instituto interrumpió la charla de los jóvenes sobre los cuatro alumnos ausentes, y sin poder ocultar su angustia les preguntó:

—¿Han sabido algo de Luis y de los otros tres?

Beatriz una linda condiscípula de Stella, no pudo contenerse:

—No, profesor Marcano. Nada. ¡Se los tragó la tierra! Algo malo, muy malo, les pasó. Stella siempre se ha comunicado conmigo. Pero su teléfono no responde ni puede ser ubicado.

¡De haber estado viva, me habría llamado!

El director abrazó conmovido a la joven, y con los ojos llenos de lágrimas le dijo:

—¡Tranquila, linda! De haberles sucedido algo malo, ya nos habríamos enterado.

Las malas noticias vuelan rápido. Las buenas, tardan en conocerse.

No desesperes: ¡Verás que al final del partido todos estarán aquí, celebrando con nosotros!

Lo más probable es que se trate de una travesura de muchachos. No sería la primera ni la última vez que en este centro nos toque solucionar un problema como este.

Amor y fútbol, separados

Pero ni Luis, ni su novia provisional, aparecieron el día del juego decisivo.

El equipo de fútbol del instituto perdió frente a su rival, y todos echaron la culpa al campeón que, “en vez de dirigir y apoyar a sus jugadores, estaba con una amante”.

El título de mejor jugador de la copa se lo llevó Alfredo Corrales, aunque hubo numerosas protestas por parte del público y de los mismos compañeros del equipo del instituto.

Gonzalo el entrenador defendió al nuevo campeón:

—La decisión fue del jurado, que está integrado por representantes de varios planteles de esta zona educativa. Procedieron imparcialmente.

Alfredo Corrales es un buen jugador y es más responsable que Luis. Eso también cuenta.

Además, ¿cómo iban a entregarle a Luis el título sin siquiera saber dónde estaba? ¿Y si se encuentra preso? Los estatutos prohíben entregar ese premio a quien ha sido detenido por cualquier motivo.

Demasiado hizo el jurado al entregar a Alfredo el premio al mejor jugador, cuando nuestro equipo jugó mal y perdió.

Ese mismo día, Jairo pidió al doctor Marcano un permiso no remunerado para buscar a los cuatro muchachos.

El director se lo concedió, porque sabía que Jairo se llevaba bien con todos los estudiantes, que todos le confiaban sus penas y alegrías; que era un hombre muy correcto y que haría todo cuanto estuviese a su alcance para encontrarlos.

Además, Jairo quería a Beto como a un nieto, y conocía todos los recovecos y sitios donde los alumnos se escondían para fumar o hacer travesuras.

—¡Tómate todo el tiempo que necesites, Jairo!

Seguirás recibiendo tu remuneración. Es justo que sigas cobrando tu sueldo, porque me estarás prestando un importante servicio.

Infórmame cualquier cosa que averigües.

—Es mi deber, señor Marcano; pero temo que este asunto se salió del cauce normal y que requerirá la intervención de expertos.

¡En casos como este, cada minuto cuenta!

“Bigote de morsa”

Después de hablar con Jairo, Marcano entró a su oficina, cerró la puerta, consultó su agenda electrónica y marcó un número telefónico.

El teléfono había repicado solo dos veces, cuando oyó una alegre y jovial voz del otro lado de la línea:

—¿Es usted, profe? ¡No puedo creerlo! ¡El temido “Bigote de morsa”! ¡Es un placer oírle! ¿En qué puedo serle útil?

—Gracias, Pablo. Perdona que te llame a estas horas de la noche.

No imaginé que me atenderías directamente.

Ahora eres un hombre muy importante. Muy distinto al diablito que yo solía regañar y castigar.

Tengo un problema, o mejor dicho cuatro problemas, que me gustaría conversar contigo.

—¿Es algo grave? ¡Percibo mucha tensión en su voz! ¿O me equivoco?

—No, no te equivocas. ¡Estoy desesperado! Hasta hoy pensé que se trataba de un asunto de muchachos, una escapada romántica, cosas que ocurren después que se deja de ser adolescente, tú sabes...

Pero ahora, Pablo, estoy convencido de que algo muy malo le sucedió o está sucediendo a cuatro de mis alumnos. ¡No sé cómo manejar este asunto! Me gustaría que me concedieras una cita...

Podría ir a tu oficina mañana o cuando puedas.

—No se moleste en venir, profe. Iré a verlo inmediatamente. Me gusta salir de mi despacho para tomar aire y pensar.

Además, tengo curiosidad por ver de nuevo, aunque sea de noche, el centro educativo donde estudié antes de entrar a la Academia de Policía.

Recuerdo que mi padre, el capitán Harry Campbell, me llevaba y buscaba a pie, para que no me escapara.

A la salida del colegio nos íbamos a la comandancia, que estaba cerca, y Harry me sentaba frente a él para que hiciera las tareas; pero apenas se levantaba, me iba corriendo al sótano, donde estaban encerrados los presos, quienes entre todos me ayudaban.

Siempre fueron muy buenos y gentiles conmigo, incluso los peores y más peligrosos criminales.

—¡Por eso sacabas tan malas notas, bandido!

—Para terminar la educación primaria tuve que falsificar varias notas, entre ellas las de su asignatura.

—¡Debí expulsarte...!

—Usted trató, pero no pudo. Fue mi cómplice. ¿O es que no se dio cuenta cuando cambié un cero por un veinte en la lista de calificaciones del examen final de cuarto grado de primaria?

—¿Cómo no percatarme de tan burda falsificación? Hasta un ciego la habría notado: el dos se lo añadiste a la lista con un grueso creyón azul, cuando todas las otras notas estaban en tinta negra.

Cité a tu mamá a la dirección para informarle las razones por las cuales había decidido expulsarte del plantel.

Pero tu madre vino tan contenta y orgullosa de que hubieras obtenido la más alta calificación en el examen final, que me dio lástima decirle la verdad. ¡Te quedaste con el 20!

¡Y lo peor es que con esa trampa te ganaste el “premio estímulo”!

—Usted presumía de ser duro y exigente, profe, pero fue el más ingenuo, blando y bondadoso de todos mis maestros.

—Mejor no sigas hablando, Pablo, porque tendré que regresarte al cuarto grado de primaria.

—Ja, ja. ¡Aunque no lo crea, me encantaría, profe! Fueron días muy felices los que pasé en esa escuela, aunque usted hizo todo lo posible para amargármelos.

¡En media hora estaré en su despacho!

—Te tendré listo un café. Se está colando.

—¡Entonces estaré allá en solo cinco minutos!

—Ja, ja. A pesar de que eres hoy el comandante en jefe de la policía, en nada has cambiado:

¡Sigues siendo el niño travieso que pasó por nuestras aulas!

¿Cómo están Magda y tus hijos?

—Muy bien, gracias.

—A quien más veo es a Paulita, muy buena alumna, por cierto. No se parece en nada a ti cuando eras pequeño.

Afortunadamente los otros dos salieron a su madre y no heredaron tu mirada de loco.

—No me siga elogiando, profe: ¡se le va a quemar mi café! ¡Pronto estaré allí!

Cuando cerró la llamada, el profesor Marcano sonrió, más aliviado:

—¡”Bigote de morsa”! Hace décadas que nadie me llamaba así.

Ese sobrenombre me lo puso Pablito. ¿Quién más? Él tenía esa mala costumbre, a todos los profesores nos puso apodos.

Afortunadamente, ha transcurrido tanto tiempo que es el único que lo recuerda.

El pasado golea

Advertido por el profesor Marcano de la inminente llegada de Morles, el portero del centro abrió el portón a *Maigualida*, como jocosamente denominaban en el departamento de policía a la enorme y vieja patrulla que había pertenecido al padre de Pablo.

El aspecto de ese vehículo era engañoso, pues, aunque lucía destartado, poseía un poderoso motor fuera de serie, capaz de hacerle “picar cauchos” a una gandola.

Una oleada de recuerdos golpeó a Pablo cuando se bajó de su auto y, por los pasillos que tantas veces recorrió, se encaminó a la dirección.

—Es la primera vez que el profesor Marcano me cita sin que haya hecho nada malo en la escuela. El pobre está realmente alarmado.

Nada ha cambiado en este centro. Todo está exactamente igual a como era cuando yo estudiaba, solo que ahora tiene más cursos y alumnos; y que los edificios, pasillos, patios y muebles los veo como si fuesen más pequeños.

Cuando era niño, todo me parecía inmenso.

Al final del pasillo, se veía una oficina iluminada.

Marcano lo esperaba parado en la puerta, sosteniendo en la mano una taza de humeante café.

—¡Bienvenido, Pablito!

Exclamó Marcano al verlo, haciendo como si no hubiera notado la lágrima que rodó por la mejilla de Morles, causada por la tristeza de ver calvo, gordo y envejecido a su antiguo profesor.

—Gracias, Bigot..., digo, profe. Este centro es una cápsula del tiempo. ¡Qué recuerdos!

—En tantos años pudiste visitarme, aunque solo fuera una o dos veces por año. Has venido varias veces con tus hijos, pero nunca has entrado a la dirección, ¿por qué?

—Siempre le he tenido miedo, profe. Es un trauma infantil que no he logrado superar.

De haber sabido que preparaba tan excelente café, me habría instalado permanentemente en esta oficina, y usted se habría visto obligado a hacer realidad su sueño de expulsarme de la escuela.

—Ja, ja, ja. No sabes cómo me alegra y tranquiliza tenerte en este momento aquí, Pablo. Dicen que eres el mejor detective del mundo y debe ser cierto, porque son muchos quienes lo afirman

—Ese rumor lo regué yo mismo. Es una buena estrategia para que hasta los viejos enemigos le brinden café a uno...

Cuénteme todo lo que pasa, profesor. No omita detalle alguno.

Si me ve con los ojos cerrados, despiérteme. Seguramente es que me trasladé a la época feliz en la que aprovechaba sus clases para dormir...

Marcano soltó una carcajada.

—¡Roncabas como un oso, Pablo...! Entonces para despertarte te preguntaba algo que nada tuviese que hacer con la materia; y me respondías cualquier cosa, lo primero que se te ocurría, sin saber cuál había sido la pregunta...

Veo que todavía conservas algo de tu aspecto de hippie: no me explico cómo no se atrevieron a cortarte esa melena cuando entraste a la Academia.

—Entonces no la tenía. Cuando ingresé a ella, juré que no me cortaría el cabello hasta que entregara a la justicia a los asesinos de mis padres biológicos.

Todos mis profesores hicieron una excepción conmigo y respetaron mi juramento, porque mis padres habían sido sus compañeros.

No me imaginé el tiempo que tardaría en cumplir ese juramento.

Fue solo hace unos meses que pude cortarme el cabello; pero me acostumbré a tenerlo largo.

—Lo siento, no debí tocar ese tema.

—El mundo da muchas vueltas, profe: Ahora me toca a mí hacerle las preguntas.

Por favor, nárreme los hechos.

Puede empezar dictándome los nombres de los cuatro alumnos desaparecidos, para ordenar de inmediato su búsqueda.

La búsqueda

El director Julián Marcano expresó:

—Posiblemente los conozcas, Pablo. Hay uno muy famoso: Luis Miralles Pérez.

—¿El futbolista? Oí que no había podido asistir a la final, porque se había lesionado.

—Esa fue la excusa que difundió el entrenador. La verdadera es que no llegó al estadio, porque se fue de parranda con una encantadora joven, una alumna del primer curso, llamada Stella Cardinale, de origen italiano; quien está también desaparecida.

Jairo, el jardinero, afirma que Ismenia Torres, quien hasta entonces había sido la novia formal de Luis, después de una discusión con él, se fue con otro de los alumnos para darle celos, un muchacho muy estudioso y preparado, llamado Manuel Suárez; y que encomendó a su amiga Stella “que mientras tanto le cuidara el novio”. Pero ni Luis ni Stella han aparecido.

Morles, pregunto, extrañado.

—¿Mencionó usted a Jairo? ¿A Jairo Fuentes? ¿Todavía trabaja aquí?

—Sí, Pablo. Se conserva muy bien.

—Me gustaría verlo.

—Le di permiso para que se dedicara a buscar a los muchachos. Quiere mucho a uno de ellos. Pero seguro vendrá a dormir a su cabaña. No tiene otro lugar donde ir.

—¿Y la otra pareja?

—En realidad no es una pareja. El joven se llama Beto Lezama...

Al oír el nombre, Morles dio un salto:

—¿Beto? ¿Humberto Lezama Rubio es otro de los alumnos desaparecidos?

—Sí. ¿Lo conoces?

—Es amigo de los Maita y fue alumno de Magda. Es un buen muchacho. ¿Y la cuarta persona?

—Es Rosa Elena Romero, dicen que fue novia de Beto y que el muchacho la dejó porque se enamoró de Stella. Es una excelente alumna, aunque muy enfermiza.

—¿Cómo estaban vestidos?

—Según Jairo, Luis y Stella, poco antes de salir se cambaron de ropa en los vestidores del liceo.

El atleta salió vestido casualmente, con una franela azul, pantalones blancos y zapatos de tenis.

—¿Y su novia provisional?

—Parecía una modelo: Vestía una blusa vaporosa, floreada, con un enorme escote, y

una minifalda blanca.

Estaba muy maquillada y perfumada.

—¿Y Beto?

—Usaba sus viejos *jeans* azules y franela amarilla del equipo de fútbol del instituto. En parte de atrás, la franela tiene estampado su nombre: “Beto”.

No sabemos cómo estaba vestida Rosa, ni siquiera sabemos cuándo o cómo salió del instituto.

Es posible, incluso, que no esté con los otros; pero sus amigas dicen que es muy pragmática y que no suele usar faldas ni adornos, pues prefiere cómodos pantalones grises y blusas blancas o negras, muy amplios.

Sin embargo, es friolenta y suele llevar un suéter de lana tejido por ella misma, de delgadas rayas blancas y negras.

Es miope y lleva lentes gruesos.

—¿Qué me puede informar de los vehículos que emplearon?

—Luis y Stella se fueron en una lujosa camioneta Ford Explorer, nueva, color blanco.

Stella posee un pequeño auto, pero se fue con Luis.

Beto salió en su viejo escarabajo VW azul. Por lo que concierne a Rosa, no tiene auto, se moviliza en el transporte público.

—Imagino, profesor, que para utilizar el estacionamiento de estudiantes, Luis y Beto tuvieron que registrar sus respectivos autos.

Allí deben estar todos los detalles de los dos vehículos; así como sus documentos de identidad. También tienen que constar en ese registro sus direcciones y teléfonos para casos de emergencia.

Consígame también los números de las cuentas bancarias y de las tarjetas con las cuales sus padres pagan las matrículas y demás gastos.

—¡Es cierto! ¡No había pensado en eso! Todos esos datos reposan en nuestros archivos.

Además, el registro de vehículos es electrónico y está actualizado, por exigencia de la compañía de seguros. Ordenaré que se los envíen inmediatamente por la red.

—Bien. ¿Tienen cámaras de seguridad en los pasillos y, especialmente, en las áreas cercanas a los vestidores?

—Sí, Pablo. Una empresa de seguridad nos arrienda los equipos y los mantiene en buen estado.

—Enviaré al Ala móvil a sacar copias de todos los videos.

Mi comandancia notificará de inmediato a la compañía de seguridad que el asunto está bajo mi control; y que nadie puede revisar, editar, borrar o alterar de cualquier manera esas evidencias, sin mi previa autorización, dada expresamente y por escrito.

—¿Algo más, Pablo?

—Sí, quiero una lista detallada de todos los alumnos de los salones donde reciben clases los cuatro ausentes, con los nombres de todos sus padres y representantes; y los de sus profesores; e información sobre los exámenes realizados durante este trimestre.

Me imagino que en el gimnasio tienen las pruebas de sangre y de orina de los jugadores que participaron en la final.

—Así es, Pablo.

—Solicitaré al Tribunal que se encargue de la causa que las solicite al complejo deportivo.

Marcano estuvo más de dos horas contando a Pablo todo lo que sabía y había oído de los compañeros de los jóvenes, de Jairo y de otras personas, y respondiendo las numerosas preguntas que le hacía el inspector.

Sin embargo, la mayor parte de esas preguntas las inventaba Pablo, solo para vengarse de los interrogatorios que su antiguo profesor acostumbraba hacerle, cuando era alumno suyo.

Antes de finalizar, Morles llamó directamente a Diana Rosen, jefa del Ala móvil del cuerpo policial.

El Ala móvil era un equipo de profesionales y técnicos, encargados de la búsqueda y preservación de las pruebas, en casos de delitos muy graves o complejos.

—Buenas noches, Diana. Sé que estás durmiendo, pero, ¿podrías encomendarle al Ala móvil que localice a cuatro jóvenes que desde el viernes no han venido al centro de estudios?

—Por supuesto, Pablo. Dame los nombres.

—A uno de ellos lo conoces: Humberto Lezama Rubio

—¿Beto? ¿Beto está desaparecido? ¿Otra vez? ¡No puede ser!

—Sabía que te sorprendería.

Los otros tres son Luis Miralles Pérez, el campeón de fútbol; una tierna pajarita que tiene alborotados a todos los buitres del plantel, llamada Stella Cardinale; y una brillante estudiante, Rosa Elena Romero, que el único polvo que levanta es el de los libros.

—¿Estaban juntos los cuatro? ¿Es una de esas fiestas de amor colectivo? Eso se está poniendo de moda.

—Espero que no. Luis Miralles y Stella Cardinale salieron para divertirse, pero entre ellos.

Los otros dos, Beto y Rosa fueron pareja por muy poco tiempo, y ahora se odian.

Por lo que me informó el director del centro, es muy poco probable que los cuatro estén juntos; y, menos aún, participando en una relación amorosa compartida.

Algo sucedió. De haber asistido al partido, aunque hubiese sido solo para sonreír a las cámaras, o para rascarse la nariz o cualquier otra cosa que le picara, Luis Miralles se habría llevado no solo a la linda Stella, sino también el premio al mejor jugador de la copa.

—¿Sabes que ruta tomaron?

—Todavía no tengo información al respecto; pero supongo que Luis y Stella no deben haber ido muy lejos, porque era su primer encuentro amoroso.

Por lo que respecta a los otros dos, deberían estar en un radio no mayor de diez kilómetros, porque sus respectivos paseos individuales solían ser a sitios muy cercanos.

Además, el viejo coche de Beto no da para mucho; y Rosa carece de auto propio.

Te estoy pasando por radio toda la información que hasta ahora he obtenido sobre los muchachos.

Según su costumbre, Morles comenzó a disparar órdenes a sus subalternos y amigos:

—Indaguen en todos los hoteles y pensiones de la zona; revisen los reportes de los hospitales, clínicas y dispensarios sobre lesionados o fallecidos; pregunten en las farmacias, estaciones de servicio y talleres de reparación, y busquen los vehículos en los estacionamientos públicos o privados.

Ya verifiqué en la computadora de nuestro departamento policial y todavía no nos ha sido reportado ningún hecho en el cual alguno de esos jóvenes haya participado. Coloqué un marcador de alerta.

De surgir uno, me será informado automáticamente.

Diana llamó pocos minutos después:

—La orden de búsqueda ya está en la red, Pablo. Las fotografías de los jóvenes la tienen todas las patrullas, alcabalas y demás dependencias y puestos policiales. También los terminales de autobuses y los puertos y aeropuertos.

Dentro de pocas horas deberíamos estar recibiendo informaciones: el campeón Miralles es guapo y famoso; y su nueva amante, la joven Stella, es bellísima, a juzgar por las fotos.

La otra mujer, Rosa, no es tan hermosa como Stella, pero es hija de un influyente político.

Sin duda, esas circunstancias nos facilitarán la localización de los muchachos.

Lo más probable es que se trate de un fin de semana caliente.

—¡Ojalá, Diana! ¡Saludos a Felipe!

Un loco en el techo

A las siete de la mañana del siguiente día, cuando el profesor Marcano llegó al plantel para iniciar las labores de ese día, observó extrañado a Morles que lo saludaba desde la parte más alta de la azotea.

El portero informó al director que en la noche Morles no había salido del plantel, que todavía su patrulla estaba aparcada en el mismo sitio donde la había dejado el día anterior; y que a través de las cámaras de vigilancia lo había visto recorrer y revisar a fondo todas las instalaciones del complejo.

—¿Pasó algo, Pablo? ¿Por qué estás tan temprano por aquí? ¡Creí que te habías ido en la madrugada, después que nos despedimos!

—Nada nuevo, profe. No se preocupe. Cuando investigo un caso, me gusta familiarizarme con el entorno.

Caminé todos los senderos que conducen a los vestidores y al estacionamiento. Verifiqué y anoté los tiempos que se requirieron para caminar cada trayecto. Después subí a la azotea...

—¿Cómo subiste? Solo yo tengo la llave.

Pablo no quiso confesar al director que había abierto con una ganzúa la puerta que conducía a la escalera, y le respondió:

—Subí a la azotea como lo hacía cuando era niño:

Primero, uno tiene que monear el gran jabillo que da hacia el comedor; de allí, brinca al techo del vecino; luego uno coge vuelo, corre y salta a la platabanda del edificio de la administración; y continúa, haciendo equilibrio, por el delgado borde del paredón, hasta encontrar una pared de bloques de ventilación, cuyos huecos sirven para escalarla. Otro saltico y cae uno en la azotea.

¡Es más fácil que pelar mandarinas!

—¿Eso tan peligroso lo hacías cuando niño?

—Todos los de educación primaria lo hacíamos, profe. Era nuestra diversión favorita.

—¡Válgame Dios! Esa azotea está a unos 20 metros de altura, Pablo.

—Exactamente se encuentra a 21,40 metros sobre el nivel del suelo, profe. Los medí. ¡Pero valió la pena! ¿Sabe lo que vi desde allí?

—No, Pablo. ¿Qué viste?

—¡El pequeño VW escarabajo de Beto! Estaba solo, en medio del estacionamiento.

—¿Y él?

—Desde allá arriba no pude verlo, ni observar el interior del VW, pero con los binoculares capté la matrícula del auto y coincide con la información.

El Ala móvil llegará de un momento a otro.

Nadie debe tocar ese VW, hasta que le hagamos las experticias.

—¡Que ese auto esté aquí es una buena noticia, Pablo! Quiere decir que Beto no salió. ¿Dónde se habrá escondido? ¡Tiene que saber que todos estamos buscándolo!

Ahora el problema es menor. Ya tenemos uno de los muchachos a salvo, solo nos faltan tres.

—No vaya tan rápido profe. Todavía no lo hemos visto. Pudo ser que Beto haya salido el viernes, y regresado más tarde. También es posible que se haya marchado con otros estudiantes o utilizado otro medio para abandonar el complejo.

Las grabaciones de las cámaras de seguridad del estacionamiento nos ayudarán a despejar esa incógnita.

La belleza puede olerse

Los técnicos del Ala móvil cayeron como un enjambre de abejas sobre el pequeño vehículo.

Fue fácil abrirlo, porque tenía en mal estado la ventanilla delantera derecha. El pobre Beto no había podido arreglarla.

Lo filmaron, fotografiaron y examinaron por todos lados, por dentro y por fuera, incluso por debajo.

Debajo del capó, en el maletero del VW, sobre la rueda de repuesto, los detectives encontraron el desorden típico de un estudiante: una vieja pelota de fútbol, otra de tenis, y un ovillo con un par de medias, dos interiores y unos pantalones blancos muy arrugados, aunque limpios. También hallaron dos libros y un cuaderno.

Eduardo Izquierdo, el experto en dactiloscopia, recién ascendido a inspector, sacó muestras de todas las huellas dactilares que encontró en las cerraduras de las puertas y del capó, en el volante y en la palanca de velocidades.

Cuando los expertos terminaron su trabajo Morles se sentó en el puesto del conductor; y antes de revisar su interior, inhaló y exhaló varias veces el aire. Después, concluyó:

—¡Este auto huele a mujer joven y bella!

Felipe Maita, el segundo comandante de la policía rio:

—¿Te volviste loco, Pablo? ¿Cómo puedes afirmar eso?

Diana, la esposa de Felipe y jefa del Ala móvil comentó burlescamente:

—Todos sabemos que tienes muy buen olfato, Pablo y que cada día perfeccionas más tu rara habilidad de sabueso, pero esta vez te pasaste de la raya: ¡Primera noticia de que la juventud, la belleza o la pasión, puedan olerse!

Como si estuviera dictando una clase, Pablo le respondió, sin prestar atención al tono de burla:

—Las adolescentes y las recién salidas de la pubertad, suelen preferir perfumes distintos de las que, como tú, están entre los 25 y 40 años; y lógicamente, más diferentes aún que las fragancias que gustan a las mujeres de mayor edad.

Mientras más joven es una mujer, su gusto es más simple y prefiere tenues aromas con registros más cercanos a los cítricos y a hierbas frescas.

He observado que a medida que las mujeres maduran, prefieren esencias más intensas y con predominancia de olores penetrantes como los de la caoba u otras maderas, el café, el tabaco y de esencias como la vainilla y la fresa, entre una amplia gama.

Cuando una jovencita quiere conquistar a un hombre, aparte de sus feromonas, tiende a exagerar las cantidades de perfume, pero no las intensidades de sus componentes. Su gusto es el mismo, solo que en mayor cantidad.

Y ese es el caso de la fragancia que, entre olores de gasolina, aceite y sudor, percibí al entrar en este escarabajo.

El aroma no es común, pues, aunque lo grabé en mi mente, no pude asociarlo con ninguna de las marcas comerciales que conozco. Probablemente es muy nuevo.

Además, el hecho de poder adquirir una fragancia importada, recién lanzada al mercado, indica que quien la usa es una joven mujer que está a la moda, que cuida de su apariencia física, que es bella y que tiene poder adquisitivo.

¿Contenta?

Diana le respondió:

—¡No se te ocurra olerme, Pablo! ¡Aléjate de mí! No estoy dentro de la escala de edad que estás pensando: lo que pasa es que hoy, con el apuro, usé un viejo frasco de agua de colonia que fue de mi mamá.

El bolso

Pablo no pudo evitar sonreír, porque sabía que el perfume que Diana se había puesto esa mañana era el preferido de la jefa policial, y lo usaba a diario.

Pero ensirió cuando notó una correa blanca, que sobresalía unos centímetros por debajo del asiento del copiloto.

Usando guantes, haló la correa y sacó de ese lugar un bolso de mujer, blanco y nuevo.

Entonces indicó a sus compañeros:

—No creo que sea de Rosa. Podría ser de Stella. Lo compararemos con el que aparece en las grabaciones de las cámaras de seguridad de los vestidores.

Inmediatamente su semblante de alegría se convirtió en preocupación:

—Pero aquí, amigos, observo una cosa mala, ¡muy mala...!

Felipe preguntó:

—¿Qué es, Pablo?

—¡Manchas de sangre!

Morles ordenó al Ala móvil tomar muestras de la sangre y abrir el bolso.

En su interior encontraron, ropa interior, un estuche de maquillaje; un pequeño espejo; un cepillo para el cabello; un peine; varios billetes americanos y europeos, algunos de alta denominación; un pequeño kit de limpieza de dientes; un cargador de celular; y algunas facturas con sus respectivos comprobantes de pago.

Pablo levantó las prendas íntimas y comentó:

—¡Son prendas juveniles, muy limpias y perfumadas, pero usadas! De ellas emanaba el perfume que percibí al sentarme al volante.

Probablemente la chica se las cambió cuando estuvo en el vestuario de damas, antes de salir con el futbolista.

¡Estaba preparada para un apasionado fin de semana!

El profesor Marcano, quien había observado el operativo, expresó, intrigado.

—Es poco probable que Stella haya estado en el auto de Beto. Tengo entendido que ella ni siquiera lo miraba, más bien lo despreciaba.

Además, su escapada romántica fue con Luis Miralles.

¿Cómo llegaron esas prendas allí?

¿Y la sangre, de quién es?

Nadie le contestó.

Todos los expertos estaban dedicados a sus respectivas tareas, coordinados por los más altos jefes de la policía en la región: el mismo ablo, Felipe y Diana.

Morles ordenó extraer los asientos del VW, para buscar otras pistas. Hasta el polvo y la basura fue recolectada y clasificada.

—Adherido a una de las puertas está un comprobante que indica que hace apenas una semana. Beto le cambió el aceite a su escarabajo.

Es un auto usado, pero a pesar de su mal estado, Beto trata de prolongarle la vida útil, ya que no tiene cómo reemplazarlo.

Ese comprobante señala que para la fecha de ese cambio de aceite su VW tenía 53.745 km recorridos. Es un promedio bajo para un vehículo de tantos años.

¿Cuánto indica actualmente el cuentakilómetros del VW, Felipe?

—54.010 kilómetros, Pablo.

—¿Tan solo 265 kilómetros en más o menos una semana? No es mucho, Felipe.

—Beto vive cerca de nosotros, a menos de 18 kilómetros de aquí, Pablo. Nada más que para venir a este centro educativo y para regresar a su casa, tiene que recorrer diariamente unos 36 kilómetros. Si salió, debe estar muy cerca.

Diana objetó:

—Eso depende de si usó o no usó el VW todos los días. No sabemos todavía cuánto tiempo lleva este auto en este estacionamiento. Parece que ha estado inmóvil, aparcado en el mismo lugar, por lo menos durante dos o tres días. Hay hojas acumuladas debajo de uno de los cauchos.

Felipe apoyó a su esposa:

—Tienes razón, querida. El tiempo de permanencia podremos averiguarlo revisando el registro de entradas y salidas del carnet de Beto; y veremos, en las grabaciones de las cámaras de seguridad, si conducía solo o acompañado.

Después de un breve período de silencio, Morles expresó, casi hablando consigo mismo:

—No parece haber hecho un viaje largo en esta semana. Ese bolso tuvo que haberlo recogido Beto fuera del campus, pues hubo quienes vieron salir a Luis Miralles y a su novia provisional.

El perfume que olí era el que emanaba de las prendas íntimas que estaban debajo del asiento.

No creo que Stella se haya subido al humilde auto de Beto, y de haberlo hecho, no sería en forma voluntaria.

Además, una muchacha que acude a su primera cita amorosa no se iría con otro; ni dejaría olvidadas su ropa interior en un auto ajeno.

¡Se la quitaron por la fuerza! ¡Eso explicaría la mancha de sangre, si es que es de ella!
¡Pero Beto jamás habría hecho eso! Según las informaciones, no le haría daño alguno. Son muchas las cosas que no me cuadran.

El profesor Marcano, que había oído los razonamientos del detective, dijo:

—¡Y lo peor es que nada se sabe sobre el paradero de Beto y de los otros tres muchachos!

Ismenia

Ismenia era una joven morena, de curvilíneo cuerpo, posiblemente muy bella, pero no en ese momento, porque estaba despeinada, sin maquillaje y sus vestidos se veían muy arrugados.

Lucía muy pálida y ojerosa; y se llevaba un pañuelo constantemente a la nariz.

—Buen día, Ismenia. Encantado de conocerte.

—La policía no se mete en líos de faldas, a menos que haya pasado algo serio. ¿Encontraron a Luis?

—Estamos buscándolo por tierra, mar y aire. Te aseguro que muy pronto tendremos noticias de él.

—Si encuentran a esa zorra, también encontrarán a Luis. Se fueron juntos.

—¿Quién es la zorra?

—Stella. Fue quien lo secuestró. No debí permitirlo.

Esa mujer me engañó. No se imagina usted lo viva que es.

La creía una tímida, ingenua, inexperta e inocente criatura, que se conformaba con oír mis cuentos eróticos, llenos de mis exageraciones y mentiras.

Hasta el viernes, pensé que era una tonta adolescente.

Pero era una ladrona: no solo me robó mi novio, sino también se llevó mi cartera, con mi perfume, mis tarjetas, mi pasaporte, mi dinero, hasta los remedios que utilizo para tranquilizarme y dormir.

—Dicen que le encomendaste que te cuidara a tu novio ¿Es cierto?

—Solo traté de castigar a Luis, porque me había sido infiel con esa imbécil de Megan.

—¿Y cómo lo castigaste? ¿Dejándolo solo con ese bombón? ¿O es que Luis estaba a dieta?

—Pensé que después de lo que me había hecho, Luis se limitaría a una inofensiva cena romántica con Stella.

Estaba segura de que mi novio estaría triste, arrepentido, por haberme traicionado; y que mi fiel amiga Stella me lo devolvería intacto. ¡Fui una estúpida!

—¿Y le pagaste su infidelidad, siéndole también infiel?

—Sí. La gracia estaba en que ese fin de semana fuese yo la infiel, para que él experimentara lo que yo había sentido.

Ismenia continuó su declaración

—¡Manuel tuvo razón! Luis no desaprovechó el bocado que yo misma le puse en los labios.

—¿Cómo estás tan segura de que no lo desaprovechó?

—¿Porque lo conozco! Es un fósforo que se enciende rápido. Todo lo contrario de Manuel.

—Manuel colaboró con tu plan de que Stella fuese novia de Luis por solo un fin de semana; pero eso implicaba que él sería también un amante provisional. ¿Cómo aceptó eso?

—Porque su inmenso ego lo convenció de que, después de ese fin de semana, yo quedaría rendida a sus pies, perdidamente enamorada de él; y que me olvidaría para siempre de Luis.

—¿Y no fue así?

—Me llevó a la suite más lujosa del Hyatt. La habitación estaba perfumada y llena de pétalos de rosas. En la bañera flotaba un gran ramo rodeado de velas encendidas. Las toallas tenían nuestros nombres entrelazados. Las etiquetas de las botellas de vino tenían mi nombre y mi foto.

Afirmó que llevaba años ahorrando y planificando esa gran noche.

El ambiente no podía ser más romántico, pero nada de eso me hizo olvidar a Luis.

Yo estaba furiosa, porque me di cuenta de que había cometido un grave error.

—¿A qué hora llegaron al hotel?

—Como a las 8 de la noche.

—¿Tanto tiempo? Tengo entendido que se despidieron de Luis y de Stella en la tarde. ¿Qué hicieron mientras tanto?

—El tonto de Manuel no quiso apresurarse. Deseaba conquistarme a su manera: con una interminable y aburrida presentación de fotografías desde que él era un niño barrigón, una sesión de poemas de amor y para rematar, una cena romántica, a la luz de las velas, con un fondo de música clásica, interpretada por un lánguido y desafinado violinista.

Tomamos dos botellas de vino. Él bebió por amor; y yo, por despecho.

Mientras tanto Stella fue directo al grano y me robó mi novio.

—Pero te diste el gusto de vengarte de Luis...

—¿Cuál gusto, inspector? ¿No ha entendido?

No pude darme gusto alguno; o, mejor dicho: ¡él no fue capaz de dármelo!

Apenas llegamos a nuestra suite, Manuel se quedó profundamente dormido.

Entonces recibí una llamada, me alegré porque el número correspondía al de Luis, pero era Stella...

La ira no permitió a Ismenia terminar la frase...

—¿Stella te llamó ese mismo viernes? ¿Qué te dijo?

—Llamó solo para burlarse de mí. Me dijo que había perdido para siempre a mi novio. Después me trancó el teléfono.

—¿Y qué hiciste entonces?

—Me puse a llorar de la rabia y del dolor. Nadie sabe lo que tiene hasta que lo pierde. Me di cuenta de lo que amaba a Luis.

No aguanté más a la marmota de Manuel, me vestí y me fui del hotel.

—¿A qué hora fue eso? ¿A la medianoche como la Cenicienta?

—Mucho antes, como a las 10:00 p.m. Mi obeso príncipe azul no aguantó sus tediosos preparativos.

—¿Cómo te fuiste?

—En el carro de Manuel. Tomé las llaves del bolsillo de su pantalón y me largué. ¡Ni cuenta se dio!

—¿Y cuándo y cómo se fue él?

—No sé. Supongo que se fue en taxi cuando en la mañana despertó de su grandiosa luna de miel individual, y no encontró su coche.

—¿A dónde fuiste?

—Estuve todo el resto de la noche dando vueltas por la ciudad, desahogándome, llorando, gritando como una loca.

—No has contestado mi pregunta, muchacha. Aunque son muy interesantes tus cuentos sobre lo que no hiciste con Manuel, quiero que me digas a dónde, a qué lugar fuiste después de dejar roncando en la cama del hotel a tu insatisfecho amante.

—La insatisfecha fui yo. Pero le responderé su pregunta: fui al club con la esperanza de que Luis y Stella estuviesen todavía allí, cenando o bailando...

Jaime, el dueño, me informó que ellos no habían ido, y que tampoco habían llamado para suspender la reservación.

Entonces me fui a los lugares que habitualmente Luis y yo visitábamos.

—¿Y encontraste a la pareja?

—No.

—¿Alguien podría probar que en realidad estuviste en esos sitios?

—Sí, como antes le dije, hablé con Javier el dueño del club; y también con el portero de la residencia de Luis, quien se negó a darme información alguna.

Pero la camioneta blanca de mi novio no estaba aparcada en ninguno de esos lugares.

—¿Alguien más te vio?

—Alfredo y su pareja me vieron o, perdón, yo los vi a ellos, cuando hablaba con el portero. Estaban saliendo justo en ese momento.

—¿Cuál es el apellido de ese Alfredo?

—Corrales. ¿No lo conoce? También es famoso, aunque no tanto como Luis. Después de mi novio, es el mejor del equipo, pero a mucha distancia. Vive en el mismo edificio de Luis.

—¿Quién era la dama que estaba con Alfredo?

—No lo sé. No pude observarla bien, porque yo tampoco quería que me vieran ahí, y no me atreví a mirarla directamente. Apenas reconocí la voz de Alfredo, me fui corriendo y me oculté detrás de un seto vivo que está en el estacionamiento.

Por lo que pude observar desde lejos esa noche, es una mujer vulgar, corriente, desagradable. Una “caracomún”.

—Dijiste que la mujer que viste era pareja de Alfredo.

¿No sería solo un encuentro casual o pagado?

—Se comportaron como pareja. Él la trato con cariño. Hasta le abrió la puerta del vehículo para que entraría primero.

Luis jamás ha tenido esa delicadeza conmigo: arranca cuando yo todavía no he cerrado la puerta.

Además, Alfredo y esa mujer salieron juntos y abrazados del edificio. No creo que hayan estado jugando cartas.

—¿A qué hora los viste?

—Pocos minutos después de la medianoche, cuando ya era sábado.

—¿Cuándo volviste a encontrarte con Manuel?

—El lunes en el aula. No nos dirigimos la palabra.

—¿Por qué?

—¿Y todavía me lo pregunta?

—¿Qué hiciste con el carro de Manuel?

—Lo dejé en el club. Un amigo me dio la cola y olvidé que lo tenía.

—Gracias, Ismenia. Es posible que te llame para hacerte otras preguntas. Hasta ahora, solo se trata de amores colegiales o, mejor dicho, amores colegiados.

Noto que estas usando el perfume de Stella... Te felicito, ¡Es muy agradable!

La cara de Ismenia se transformó, miró a Morles con una rabia tan grande, que se le marcaron las venas del cuello.

—No, inspector. No uso el perfume de esa miserable ladrona. ¡Ella usa el mío, lo que es muy distinto!

No solo me robó mi novio, sino también se llevó mi más reciente perfume, el que Dior acaba de lanzar al mercado.

Ese frasquito me costó una fortuna en los Campos Elíseos de París... Era mi perfume preferido, el que le gustaba a Luis. ¿Está claro?

Cuando me encuentre con esa bandida de Stella, le desfiguraré el rostro.

—Cuidado, Ismenia. Esas cosas no se dicen, y menos delante de un policía.

El padre de Rosa

Apenas Morles terminó su entrevista con Ismenia, el profesor Marcano le informó que el diputado Oswaldo Romero Miranda, padre de Rosa, quería hablar en privado con él.

—Dígale que no hablo en privado con políticos, a menos que acepten que las conversaciones sean grabadas. Suelen tergiversar lo que uno dice.

—¡No puedo decirle eso, Pablo! Es un hombre muy influyente.

—Entonces, infórmele, por favor, que pongo como condición que usted esté presente.

Pablo escuchó una fuerte discusión en el pasillo. Oyó que el diputado exclamaba:

—*¿Es que ese mequetrefe no sabe quién soy? Con una llamada que yo haga al ministro, será despedido.*

El director le respondió:

—*Morles no es un cualquiera, diputado, es nada menos que el primer comandante de la policía y goza de mucho respeto en todo el país.*

Una declaración negativa de él, sobre usted, podría hacerle perder la reelección.

Después de unos minutos, el director del plantel regresó:

—El diputado me mandó a decirle que acepta tu condición Pablo. Estaré presente.

El diputado entró inmediatamente y sin pedir permiso se sentó frente al escritorio del director, donde lo esperaba Morles, de espaldas, comiéndose un cambur que había encontrado sobre la mesa de Marcano.

Cuando Morles se dio la vuelta, el político lo miró, sorprendido. No esperaba que el comandante de la policía tuviese cabellos que le llegaban al hombro, ni que lo recibiese en mangas de camisa, exhibiendo una enorme Colt 45 que sobresalía de la cartuchera.

—Perdone que no le dé la mano, diputado. Tan pronto termine de comerme este cambur lo atenderé. Lo que pasa es que no he desayunado... ¿Quiere probar un pedacito?

El padre de Rosa respondió secamente, rechazando con asco el pedazo de cambur que Pablo le ofrecía:

—No, gracias. Solo vine para exigirle información sobre la desaparición de mi hija. Este caso podría afectar mi imagen política.

Morles se levantó y desde el baño, mientras se limpiaba los restos de cambur que le habían quedado en la mano, dijo al político.

—Debo confesarle que le entendí mal, señor... ¿cómo es que se llama?

—Soy el doctor Oswaldo Romero Miranda, diputado de la República... ¿No ha oído hablar de mí?

—¡Ah, sí! Discúlpeme, pero la verdad es que nunca había oído su nombre. ¿Es usted extranjero?

Como le venía diciendo, señor Romero, debo confesarle que le entendí mal.

Fui un tonto al pensar que usted venía, angustiado para preguntar por su hija Rosa Elena; incluso llegué a suponer que ella le interesaba más que su imagen política...

Romero replicó, molesto:

—Las dos cosas no son excluyentes, policía.

—Puede ser. No obstante, sigo sin entender, diputado, por qué viene usted a preguntarme sobre su hija. ¿No debería ser yo quien le preguntara eso mismo a usted?

—No soy yo quien está encargado de la averiguación...

—No he sido encargado de averiguar dónde se encuentra su hija.

Que yo sepa, hasta ahora nadie, ni siquiera usted, ha denunciado su desaparición, ni la de algún otro alumno; ni la comisión de hecho punible alguno.

Me encontré aquí, porque estoy haciendo a este centro educativo una visita de cortesía como exalumno.

Vine a degustar una rica taza de buen café... Mi viejo enemigo, el profesor Marcano me lo preparó personalmente...

—¿Es usted la única persona en esta ciudad que ignora que han desaparecido cuatro alumnos, entre ellos mi hija? ¿No ve los noticieros de televisión? ¿Y dice que es el comandante de la policía? Con esa facha, no parece.

—No me llame comandante, ese título no lo merezco y, además, es pavoso: trae mala suerte.

Todos mis antecesores, incluyendo dentro de esa larga lista a mi padre, murieron asesinados.

Obviamente me llegó la información de la desaparición de los muchachos.

No obstante, hasta ahora los rumores indican que se trató de una escapada romántica, para utilizar un eufemismo.

Habría que preguntar a los padres de esos muchachos, si es que los tienen, cuándo fue la última vez que los vieron; con quién o quiénes estaban; qué medidas de protección tomaron para que nada malo les sucediese, etc.

El problema es que algunos solo se acuerdan de que tienen hijos cuando a sus retoños les pasa algo.

El político calló, sin saber qué responder. Pablo aprovechó el silencio para preguntarle:

—Bueno, señor Romero, ya que está aquí, ¿podría decirme cuándo fue la última vez que vio a su hija Rosa? Día, mes, año y hora exactos, por favor.

—Hace solo un mes o dos, cuando fui al interior para postularme para la reelección.

—¿Solo un mes o dos?

—Sí, pero mis compromisos con...

—¿No me hable de sus compromisos políticos, diputado!

Estoy pidiéndole que me hable de su hija.

Según Marcano, Rosa no vive con usted, sino en una residencia estudiantil, que ella misma paga dando clases de idiomas...

¿Cuántas veces la ha visitado este año?

El diputado miró el suelo, avergonzado. Después de unos segundos intentó explicar:

—Un buen político, señor Morles, tiene que sacrificarse, dejarlo todo por su país, por la patria, empezando por su familia...

—Perdone mi franqueza, diputado. Pero yo jamás votaría por usted.

¿Un hombre que abandone a su familia no merece ningún cargo público, sino ir a la cárcel!

Un mal padre jamás podrá ser un buen diputado.

—Me entendió mal: yo sí estoy pendiente de mi hija.

Es verdad que por mis ocupaciones no puedo verla frecuentemente,

Sin embargo, estoy muy pendiente de ella y cubro todas sus necesidades.

Quizás usted lo ignora, porque ella y yo acordamos mantenerlo en secreto para proteger mi carrera política; pero Rosa desde que salió de la pubertad ha confrontado serios trastornos mentales.

He sido yo quien ha pagado todos sus tratamientos.

Periódicamente el sanatorio emite récipes para el suministro de las medicinas que le prescriben, y las facturas son cargadas a mi cuenta.

—Esos problemas no se resuelven solo con dinero.

—No vine para oír sus sermones, inspector. Sino para que me informe.

Supe que usted encontró un bolso de mujer con manchas de sangre en el auto de uno de los desaparecidos.

¿A quién pertenecía ese bolso y de quién era la sangre?

—¡Baje el tono, diputado!

El policía soy yo, no usted. Estamos investigando ambas cosas.

Los resultados pertenecen al sumario y no puedo divulgarlos.

Aunque no descartamos ninguna posibilidad, ese rastro no necesariamente implica que se haya cometido un crimen.

Puede ser resultado de una cortada accidental.

Pero para su tranquilidad, le informo que el tipo sanguíneo no coincide con el de su hija.

—¿Entonces de quién es?

—Esa información me la reservaré, por ahora.

Disculpe, debo hacer una llamada a mi esposa.

Morles se retiró al cuarto vecino.

Huellas

Morles llamó a su esposa Magda. Estuvieron conversando varios minutos, como solían hacerlo, hablando sobre los hijos y las cosas del hogar.

Antes de cerrar la comunicación, Pablo le dijo:

—Gracias, Magda.

—¿Gracias por qué, Pablo?

—¡Por ser mi esposa, por ser mi compañera, mi amiga, mi amor, por estar siempre atenta a nuestros hijos, por acompañarlos, por entenderlos, por cuidarlos, ¡por todo! ¿Te parece poco?

—¡Guao! ¿Qué te pasó? Esa noche solo en tu antiguo colegio te afectó. Una vez me dijiste algo así, porque estabas al borde de la muerte... ¿Estás bien?

—Sí, es cierto, la noche de ayer me hizo valorar y querer aún más a mi familia.

—Yo también debo agradecerte las mismas cosas, Pablo. Regresa temprano.

Pablo colgó el teléfono sonriendo, feliz.

En ese momento, Morles recibió una llamada telefónica de Diana Rosen, la jefa del Ala móvil.

—Pablo, el Ala móvil ya tiene el resultado de la experticia que hizo a las manchas de sangre que encontraste en el bolso de Stella.

—¿De quiénes son?

—La mayoría son de Luis Miralles, el campeón de fútbol...

—Recuerda que ahora hay otro campeón, Diana; ¿y las otras manchas?

—¡Son de Stela!

—¿Y qué puedes decirme de las del Volkswagen?

—Solo encontramos huellas intactas y visibles de Manuel en el marco de la ventana delantera derecha.

—¿Quieres decir con eso que hallaste otras, que tuviste que reactivar?

—Sí, inspector. Encontré varias huellas que habían sido borradas con un paño o algo por el estilo.

—¿Las de Manuel estaban por la parte de adentro, o por la exterior del auto?

—Por afuera.

—¿Hallaste huellas de Beto y de Rosa?

—Intactas y visibles, no, pero las reactivamos en el laboratorio y resultaron ser de ellos; y algunas sobrepuestas, de Stella.

—Ese era el auto de Beto, y, por lo que respecta a Rosa, fue su novia y no tenía vehículo propio. Que apareciesen sus huellas, era de esperar.

Pero las de Stella y de Manuel sí son extrañas. No veo ninguna relación entre ellos y Beto.

Cambio favorable

Cuando Pablo regresó a la oficina de Marcano, su rostro mostraba preocupación. Tenía el ceño fruncido.

Romero lo notó y entendió que había recibido una noticia desagradable.

—¿Puedo ayudarlo en algo, inspector?

Tengo muchos conocidos en todos los departamentos oficiales...

—No, Romero. Si quiere colaborar con la búsqueda de su hija, le sugiero acudir a la comandancia de policía y contestar voluntariamente todas las preguntas que allá tengamos a bien hacerle.

Ese es nuestro oficio. Tenemos experiencia en localizar personas desaparecidas.

—¿Por qué no me entrevista usted, aquí mismo, inspector?

Con gusto colaboraré. Soy el más interesado, pero comprenda que un político como yo no puede declarar en una comisaría, como cualquier hijo de vecino.

—¿Es que no le ha quedado claro, Romero, que su carrera política me importa un comino?

¿Quiere que se lo escriba en un cartel?

—Perdone, inspector. Veo que está ocupado y preocupado. Sé que soy inoportuno. Pero estoy desesperado, angustiado.

Rosa es mi única hija. Usted tiene razón; debí dedicarme más a ella. Soy el responsable de lo que le esté pasando en este momento.

Acudiré hoy mismo a su comandancia para rendir declaración. No me identificaré como diputado, ni ejerceré mis privilegios. Podrán preguntarme todo lo que quieran. Ahora, a mí también me importa un comino mi carrera política.

¡Rosa debe ser y es mi prioridad! ¡Ayúdeme, por favor!

El tono despectivo de Pablo cambió. Comenzó a tutear al diputado:

—¡Ahora si estás hablando como el padre de Rosa, Romero! Hemos comenzado a entendernos.

Déjame hacer unas llamadas urgentes, y yo mismo te formularé las preguntas.

Después de todo eres el único padre que ha venido a averiguar.

Los señores Miralles se encuentran de vacaciones por Vermont y ni siquiera se han enterado de lo que pasa a su hijo.

No hemos podido localizar a la madre de Stella, probablemente está feliz en Europa, ignorando que su hija está desaparecida.

Y el pobre Beto es huérfano.

El teléfono repicó de nuevo, y Pablo dijo al diputado:

—¡Ya vuelvo! ¡Mientras tanto, sírvete una taza del café marca “Bigote de morsa”!

—¿Bigote de qué...? ¡No conocía esa nueva marca! He oído hablar de una empresa italiana, que desde hace años fabrica unas cafeteras “express”, que popularmente denominan “El bigotón”, pero ignoraba que también procesara café.

—El café “Bigote de morsa” es una marca exclusiva de este plantel y ese café solo nos lo dan a los peores exalumnos.

Marcano soltó una carcajada, que pocos segundos después fue secundada por la de Romero.

Cuando regresó, Pablo confianzudamente manifestó al diputado:

—Esta no es una investigación oficial, Romero, pero si quieres llamar a tu abogado; estás en libertad de hacerlo.

Todo lo que me digas será confidencial y no podrá ser utilizado en tu contra. No habrá actas ni grabaciones.

Mientras tanto, el profesor Marcano irá “a ver si el gallo puso”, y nos dejará solos.

Romero aclaró:

—Gracias, Morles, no necesito asistencia, soy abogado.

Marcano salió de su propio despacho, para que Morles pudiera interrogar al padre de Rosa.

Antes de cerrar la puerta, el director les dijo, sonriendo:

—Perdonen que me marche, señores, pero me pareció oír que el gallo está cacareando. Debe haber puesto algún huevo.

En la cafetera les dejó abundante café, recién colado.

Hay más cambures sobre la mesa. Si gustan, pueden tomarlos.

¡Quedan en su casa!

El tratamiento de Rosa

Durante más de una hora, Pablo estuvo interrogando a Romero sobre Rosa y sus amistades.

Nada sabía el diputado de la breve relación amorosa que su hija había tenido con Beto.

—Beto es un muchacho humilde, Romero, pero de muy buenos sentimientos. Es una lástima que esa relación se haya extinguido. De haberse sincerado con él, contándole sus trastornos, seguramente Beto habría podido entenderla mejor y ayudarla.

—Mi hija me contó que era objeto de “bullyng” o acoso; que sus compañeros se burlaban de ella porque no le duraban los novios.

Se extrañó del interés de Rosa por el fútbol.

Particularmente, las preguntas de Pablo se centraron en los trastornos mentales de la muchacha.

Romero le suministró detallada información sobre los médicos que la habían atendido y los tratamientos que tenía en la actualidad.

El diputado estaba muy preocupado porque a su hija podían habersele acabado las pastillas que debía tomarse diariamente.

Los médicos le habían advertido que, de faltarles, Rosa podría entrar en una crisis agresiva; y convertirse en un peligro para sus acompañantes y para ella misma.

Pablo quiso saber si la joven estaba tomando las pastillas que le habían prescrito; y el padre, avergonzado, admitió que no sabía.

—Ella solía tomárselas cuando estaba bien de la cabeza, pero a veces, perdía los tiempos, especialmente cuando estaba desesperada. Entonces entraba crisis depresiva, descuidaba su aspecto personal y decía cosas sin sentido que alejaban a sus pretendientes.

Para tranquilizarlo, Morles expresó:

—Lo más probable es que sí las esté ingiriendo. Tu hija es una de las mejores estudiantes. Vi sus notas.

Su promedio solo es superado por Manuel Ramírez, pero ella tiene mayor mérito que ese *tragalibros*, pues a pesar de sus trastornos, ha logrado destacarse. Estudiar como lo hace, tiene que haber sido para Rosa una labor titánica.

Si no hubiese seguido fielmente su tratamiento, no habría podido obtener tan altas calificaciones.

No obstante, la investigación apenas está comenzando. Te soy sincero; no sabemos lo que encontraremos. Puede ser bueno o muy malo.

Esos muchachos llevan muchos días sin reportarse, a pesar de que son varios y supuestamente no están juntos.

No es una buena señal que ninguno de los cuatro muchachos haya establecido contacto, de cualquier manera, con sus familiares, amigos, profesores o con las autoridades.

Eso no es normal en este siglo, que es el de las comunicaciones de todo tipo.

Romero le respondió:

—Entiendo, Morles. Pase lo que pase, le estaré muy agradecido, por el interés que ha tomado en hallar a los alumnos, y en especial a mi hija.

Marcano me informó que usted ni siquiera fue anoche a su casa; que amaneció trabajando sin parar; y que no ha desayunado ni almorzado, salvo ese cambur que comía cuando lo conocí.

Pablo sonrió y le dijo:

—Jamás me ha gustado el cambur, Romero.

Eso lo hice, porque te oí llamarme mequetrefe y quise demostrarte que no te rendiría pleitesía. Disculpa, yo también fui grosero. ¡Me comporté como un buen político!

—Ja, ja. Me di cuenta de eso. Pero al preocuparse de esa manera por Rosa, quien para usted es una extraña, me mostró lo que es capaz de hacer por los suyos.

Debí dedicarme por entero a mi hija en el momento en que ella más me necesitaba, aunque temo haber recibido demasiado tarde su lección.

Me enseñó a respetarlo, Morles; y se lo agradezco. Disculpe mi altanería inicial. Lo juzgué por su aspecto.

Tengo la esperanza de que Rosa se haya llevado en su bolso suficientes medicinas, porque no las venden sin recípe médico.

Sin saber dónde está, no puedo hacerle llegar otras.

Como es lógico, sigo preocupado por ella y por los demás, pero estoy algo más tranquilo.

Ahora el caso está siendo manejado por un hombre que sabe lo que hace.

—Gracias, Romero. Haremos todo lo que esté en nuestras para encontrar a tu hija y a sus compañeros.

—¿Qué puedo hacer por ellos mientras tanto, Morles?

—Rezar, amigo. ¡Rezar! Pídele a Dios que los proteja, y que nos ilumine a quienes los buscamos.

—Así lo haré.

La ansiada noche de Manuel

Morles se había imaginado a Manuel como un joven pequeño, delgado, con grandes lentes y aires de intelectual.

Pero era alto, gordo y su caído abdomen indicaba que no era amigo de hacer ejercicios.

—Soy el inspector Palo Morles, estoy ayudando al profesor Marcano a encontrar a tu amigo Luis, y a los otros desaparecidos.

—Ese saco de papas nunca ha sido mi amigo. Si lo que quiere es que le dé información para encontrarlo, mejor búsquese a otro. ¡Lo que deseo es que nunca aparezca!

—¿Por qué lo odias tanto? ¿Porque conquistó el corazón de Ismenia, o porque se fue con Stella que también te gustaba, o porque se llevó en los cachos a Megan?

Es duro ver que tu rival te quite las tres mujeres de quienes estás platónicamente enamorado, ¿verdad?

Mientras tú soñabas con corazoncitos, flores y violines, el futbolista te metió tres goles.

—No sé quién le dio esas falsas informaciones. Ismenia nunca ha sido mi novia. Es una mujer fría, calculadora, posesiva, que siempre ha estado enamorada de mí. Se fijó como meta casarse conmigo y me acosa constantemente.

Inventa fabulosas noches de amor y pasión que supuestamente hemos pasado juntos.

Luis no me quitó a Ismenia. Simplemente la deseché. No valía la pena.

La otra persona que mencionó, Megan, tampoco es digna de un hombre como yo.

En este momento debe estar con su amante de turno, un tal Alfredo.

Y por lo que respecta a Stella, es todo lo contrario a las dos primeras: es tierna, inocente, ingenua y sensual al mismo tiempo.

Además, es más bella que las otras dos juntas. Reconozco que me atrae y creo que le gusto. Pero jamás he tenido nada con ella.

—¿Qué día y a qué hora te fuiste del hotel?

—¿De qué hotel?

—¿De cuál va a ser? Del Hyatt, donde te quedaste dormido, después de gastar una fortuna en la mujer que supuestamente no te importa.

—¿Quién le contó eso? No es verdad. Esa noche no fue tan romántica como yo esperaba, pero logré mi propósito: le demostré a Ismenia que, en todos los aspectos, soy muy superior a ese tonto futbolista.

Ella misma lo reconoció.

—Creo que bebiste más de la cuenta, Manuel. Te repito la pregunta: ¿A qué hora te fuiste del hotel?

—Ismenia y yo nos fuimos a las diez de la mañana del siguiente día, del sábado.

—¿No habías reservado la suite para todo el fin de semana?

—Sí, pero decidimos irnos antes. Ella no se sintió bien.

—¡Seguro no pudo resistir tanta pasión! ¿Cómo se fueron?

—La llevé a su casa en el mismo vehículo en el que llegamos horas antes. ¿Por qué?

—Por nada, muchacho. Pero reza para que esos jóvenes aparezcan sanos y salvos.

Porque, de no ser así, serás el primero en ir preso.

—¿Yo? ¿Por qué? Luis y Stella fueron a divertirse por su lado; y nosotros, por el nuestro, a varios kilómetros de distancia.

—¿A varios kilómetros de distancia? ¿Entonces sabías a dónde iban?

—No. Sin embargo, supuse que irían muy lejos de nosotros. Yo elegí un hotel de lujo cerca de aquí, en la mejor zona. Esos deportistas suelen escoger otros lugares menos caros.

El tilo se compra en las farmacias; pero el estilo, no.

—Te informo, Manuel, que estuve más de una hora hablando con la frustrada Ismenia.

Me contó lo de los cursis pétalos de rosa, lo de las toallas con los nombres de ustedes bordados, lo del ramo de rosas flotando en la bañera y lo del castrante fondo musical.

Está furiosa porque te quedaste profundamente dormido antes de que empezara la función: y la dejaste con los crespos hechos.

En vano trató de despertarte, pero no hubo forma. Furiosa, te dejó antes de la medianoche, llevándose tu vehículo.

Preguntamos al gerente del hotel y nos dijo que, según las cámaras, Ismenia se retiró a las 10:07 p.m. y que, a los pocos minutos, bajaste tú vistiéndote a toda prisa.

Les dijiste que querías pagar rápido la cuenta, porque ella estaba esperándote en el auto.

Cuando saliste, tu dulcinea ya se había ido, y pediste un taxi.

Abandonaste el hotel a las 10:17 p.m. de ese mismo día viernes.

De modo que no te quedaste roncando como ella creyó, sino que te hiciste el dormido.

El taxista nos informó que te llevó al club donde suponías que estaría tu atlético rival contándole a Stella el cuento de la caperucita roja.

Ordenaste al chofer que se fuera, que no te esperara, porque regresarías con “tu mujer” en tu propio auto; y le diste una buena propina.

¿Por qué no sigues tú narrando el cuento? ¿Qué hiciste después?

Después de un prolongado silencio, un avergonzado Manuel contestó:

—Espíe a Ismenia. Temía que formara un escándalo o que hiciera algo malo a la pobre Stella; y quise evitarlo.

—Hay algo que no me cuadra, Manuel:

Citaste a Ismenia a un hotel de lujo para conquistarla, pero después de haber gastado una fortuna, cuando llegó el momento crucial, te hiciste el dormido y la seguiste.

¿Para qué? ¿Qué ganaste o disfrutaste con eso?

—Lo que Ismenia no le contó, inspector, es que más o menos a las 8:00 p.m., cuando entramos a nuestra suite, me invitó a celebrar nuestro “eterno” romance, tomando unas copas de vino tinto.

Me pidió que la esperara en la cama, que ella misma las serviría.

Mientras me lo servía, por pura casualidad miré uno de los grandes espejos de la suite, y la vi derramar un líquido sobre mi bebida.

Sonriendo me entregó la copa, y entró a la ducha.

Intrigado por lo que había visto, aproveché para botar ese vino en el lavamanos del otro baño.

Con la copa vacía, le dije que sentía mucho sueño; y a los pocos minutos simulé estar profundamente dormido.

Cuando tuvo la seguridad de que sí lo estaba, ella se vistió; y tomó las llaves de mi vehículo.

Antes de marcharse, sin saber que yo podía verla y oírla, me insultó:

—*¡Cretino! Te la das de inteligente, pero ¿de verdad llegaste a creer que estaba enamorada de ti, y que sería tuya?*

¡Precisamente esta noche, cuando Stella me está robando a mi novio! ¡Pero esa traidora no vivirá para contarlo!

Bajé, pagué la cuenta y la seguí en taxi hasta el club. Quería salvar a Stella. Entré al estacionamiento, y lo revisé fila por fila para ver si estaba la Explorer blanca de Luis, pero no la encontré.

—¿Revisaste fila por fila el estacionamiento? ¿Viste allí un viejo escarabajo VW?

—Sí. Me llamó la atención ver el carro de Beto allí. Pero estaba vacío.

—¿Te asomaste por la ventana delantera derecha del escarabajo?

—Sí, ¿cómo lo supo?

—¡Soy brujo! Sigue.

—Después, vi salir a Ismenia del club. Alguien la llamó desde un auto gris, y se fue con él.

Recordé que había escondido una copia de la llave de mi auto en uno de los

guardafangos; y conduciéndolo regresé a mi casa, amargado y humillado.

¡Esa fue la apasionada noche de amor y pasión que durante tantos años ansié tener con Ismenia Torres, inspector!

—¿Sabes, Manuel? ¡Antes envidiaba la libertad de los jóvenes de hoy! ¡Pero ahora agradezco a Dios haber nacido mucho antes!

El nuevo astro del equipo

Un joven atleta entró a la dirección del plantel.

—¿Es usted el señor Pablo Morles? Soy Alfredo Corrales. Marcano me dijo que quería entrevistarme. Es la tercera entrevista que concedo hoy.

—Solo te quitaré unos minutos. Felicitaciones por tu nuevo premio.

—Gracias, pero me habría gustado ganármelo de otra manera.

—Un jurado imparcial te lo otorgó.

—Sí, pero Luis Miralles no jugó la final y eso influyó en la decisión del jurado; y también en el resultado del partido.

Todo el peso del juego recayó en mí. Hice lo que pude, pero me faltó el apoyo de Luis.

—¿Luis te apoyaba a ti, o tú a él?

—No soy como Luis. Él es buen jugador, lo reconozco.

Sin embargo, es demasiado individualista. No juega en equipo.

Solo quiere figurar él.

No aprecia ni reconoce el trabajo de los demás.

Muchos de los goles que anotó durante la copa, prácticamente se los puse yo en la punta del botín.

No tuvo que esforzarse mucho para meterlos.

No obstante, nada comentó sobre mi actuación; y no hubo de su parte el menor gesto de reconocimiento.

—¿Crees que hubiesen ganado, de haber jugado Luis?

—No es tan valioso como él cree que es. Pero la incertidumbre sobre si aparecería o no aparecería afectó al equipo.

La estrategia de un juego cambia cuando se modifica a última hora el cuadro de jugadores, especialmente si se produce la ausencia de un delantero.

Esperamos hasta el último minuto que Luis apareciera, y tuvimos que modificar nuestro plan de juego, cuando ya estábamos en la grama.

Pero perdone, señor periodista, tengo que estar en el campo en menos de cinco minutos, ¿podría entrevistarme después de las prácticas?

—Estoy interesado en saber dónde estuviste la noche del viernes y en la mañana del sábado.

—Durmiendo en mi cuarto.

—¿Solo?

—Solo. Estaba agotado por la práctica. Fue muy dura.

—¿Saliste de tu cuarto?

—No. Dormí hasta el mediodía del sábado.

—¿Te llamó alguien?

—Nadie, pero recibí muchos mensajes de felicitación. También insultos. Eso es normal, aunque esta vez los insultos duplicaron las felicitaciones.

—¿Por qué?

—Por el problema del premio.

—¿Tienes novia?

—Soy un astro del fútbol y me sobran las admiradoras. Por ahora tengo una que podría ser más que mi amiga. Llevaba años conociéndola, pero hasta hace poco no me había fijado en ella.

—¿Cómo se llama?

—Eso no es asunto de su incumbencia, señor. Lo estoy atendiendo, solo porque el profesor Marcano me lo pidió.

—¿Eres amigo de Luis?

—¿De Miralles? Somos compañeros de equipo; y eso hace que tengamos una amistad forzada. Sin embargo, es mi rival, en el campo y fuera de él.

—¿Y de Stella, sí eres amigo?

—Me gustaría ser algo más que amigo de ella; pero la jovencita solo ha tenido ojos para ese engreído de Luis.

—¿Es verdad que la joven se le insinuó a Luis cuando ustedes iban a los vestidores?

—Más que una insinuación, fue un disparo al arco. Nunca la habíamos visto así.

Siempre había sido muy discreta y comedida, pero jugó fuerte ese viernes. Apostó a Luis todo lo que poseía.

Nos burlamos de la cara de asombro y de vergüenza de él.

Realmente no se esperaba esa efusiva demostración de amor.

—¿Esa tarde, qué hacía con ustedes la otra joven, Rosa?

—Nada. Supongo que vigilar a su ex, me refiero a Beto.

—¿Se burló también ella de Luis, cuando Stella lo abrazó?

—Ja, ja, ja. Eso no fue un abrazo, señor. Fue una violación. Rosa se alegró, porque esa demostración de amor le demostró a Beto que no tenía la más mínima posibilidad de conquistar a Stella. Rosa la odiaba.

—¿Por qué la odiaba?

—Por celos, ¿por qué más?

—¿Se burlaban también ustedes de Rosa?

—Es una mujer extraña. A veces es muy simpática y bondadosa. Otras veces es agresiva, antipática o muy seca. La llaman la Apagafuegos, porque no hay hombre que le dure.

—¿Tú también la llamas la Apagafuegos?

—Todos lo hacemos, menos Beto. Tenemos un blog y los comentarios sobre ella son cada vez más cómicos.

—¿Sabes una cosa, Alfredo?

—¿Cuál, señor?

—Podrás ser un astro del fútbol, pero si a Rosa le pasó o llega a pasarle algo por culpa de tus burlas, personalmente vendré a buscarte en mi patrulla.

Me encargaré de que te pudras en la cárcel, y de que los demás presos jueguen fútbol con tus testículos. ¿Está claro?

Lo mismo pasará a tus compañeros del blog. ¡Están advertidos!

—¿Y quién es usted para amenazarnos de esa manera?

—Un “don nadie”. Solo el primer comandante y máximo jefe de la policía, Alfredo.

Megan, la eterna rival de Ismenia

Megan era una mujer más o menos de la misma edad de Ismenia, pero sus facciones angulosas y su fría y retadora mirada evidenciaban que había tenido una vida mucho más intensa que la de su enemiga.

Sin embargo, desde el punto de vista físico, era una digna rival.

Al verla, Morles pensó:

—Con razón esta mujer es odiada por sus compañeras. No puede decirse que sea más bella, pero es mucho más sensual que las otras que he conocido.

Desde el comienzo, la mujer fue muy áspera y ofensiva. Apenas entró, expresó con indignación, sin importarle que también Felipe y Diana estuvieran en la oficina:

—Ignoraba que el Departamento de Policía tuviera una sección de pantaletas y preservativos...

¿Qué tiene usted que hacer, inspector, con mi vida amorosa? Sé que ha estado investigándome.

Tengo amigos en los lugares que ha visitado buscando información sobre mí.

¿Cuánto le está pagando Ismenia? ¡Le ofrezco el doble!

¿O le parece poco?

¿Quiere más? ¡Dígame su precio!

Morles se tomó su tiempo para responderle. Se levantó, se sirvió una taza de café *Bigotes de Morsa*, la bebió con calma y después de un rato, le preguntó, como si no hubiera oído los insultos:

—¿Qué hacías la noche del viernes, frente a la residencia de Luis Miralles?

—¡Entonces la mujer que estaba espiándome sí era esa bruja!

—No me has respondido, Megan.

—¿Y por qué no le pregunta a Ismenia qué hacía ella allí? ¿Con quién estaba?

—Sigues sin contestarme.

—¡No le responderé!

—Estás en tu derecho. Puedes permanecer callada; no estás obligada a declarar en causa propia; tienes el derecho de llamar a un abogado; si no tienes cómo pagarlo, el Estado te suministrará uno... Puedes hacer una llamada en privado...

—¿Me está arrestando?, agente ¡No he cometido ningún delito!

Es verdad que días antes de que desapareciera, Luis me visitó en mi casa.

Conversamos solo unos minutos y después se fue.

Nada hicimos, aunque pudimos haberlo hecho. Somos mayores de edad y solteros. Esa visita disgustó mucho a Ismenia, pero no es un delito.

—No te estoy arrestando por eso, sino por intentar sobornar al jefe de la sección de pantaletas y preservativos del departamento de policía.

Tengo de testigos nada menos que al inspector jefe Felipe Maita, segundo comandante del departamento; y a la agente Diana Rosen, tercera comandante y jefa del Ala móvil.

Megan lo miró sorprendida. Después de un rato, más calmada, preguntó:

—¿Podría darle a su prisionera una taza de café?

—Con gusto.

Morles le sirvió la taza de café

—Le respondo su pregunta, inspector: Luis Miralles y Alfredo Corrales viven en el mismo edificio, aunque en diferentes apartamentos. Esa noche estuve con Alfredo en el suyo. ¿Contento?

¿O quiere que le explique lo que hicimos con más detalles?

—No es necesario. Me lo imagino.

—Disculpe, inspector. No quise ofenderlo. Es que pierdo los estribos cuando me hablan de Ismenia. No tiene idea del daño que esa mujer me ha hecho desde que era una niña. Es la culpable de que haya perdido a todos los hombres a quienes realmente he amado.

—¿Entre ellos a Luis y a Manuel?

—Manuel no significó nada para mí. Ella sí se enamoró locamente de ese mequetrefe. Y me di el gusto de quitárselo, pero al poco tiempo ambas nos aburríamos de él.

Hoy me da risa pensar que ese imbécil fue el causante de nuestra guerra, pero las mujeres somos así. Y yo, ni doy ni pido cuartel.

—Ya veo. Y ahora Ismenia quiere quitarte también a tu nuevo campeón: Alfredo Corrales.

—Esa batalla sí la tiene esa hiena definitivamente perdida: ¡Alfredo me propuso matrimonio!

—O sea que realmente te ama. ¿Cuándo te lo propuso?

—El día jueves.

—Es decir, el día antes de que Luis se fuera con su novia provisional

—Sí.

—¿Y cuándo se casarán? Espero que me invites como padrino de la boda.

—Antes de casarme con Alfredo, tengo que hablar primero con Luis.

—¿Por qué?

—Porque Luis tiene la prioridad.

—¿Y eso fue lo que le respondiste al pobre Alfredo?

—Sí. Siempre he sido una mujer muy clara. Digo lo que pienso, aunque después pueda arrepentirme.

—Me consta. Vete antes de que yo también me arrepienta.

El viejo Jairo

Morles subió la empinada cuesta que llevaba a la caseta del jardinero. Vio a Jairo saliendo de ella, y se alegró. En dos ocasiones había ido a buscarlo, sin éxito, y temía que algo hubiese pasado al buen hombre.

—¡Jairo! ¿Cómo estás? ¡Tanto tiempo sin verte!

El viejo lo miró sorprendido:

—¡Pablo! ¿Qué hace el poderoso jefe de la policía en mi choza?

—He venido varias veces, pero me dijeron que estabas de permiso.

—Es cierto, pero tuve que regresar. El dinero no me alcanzó y mis jardines me necesitan.

—No solo los jardines, amigo. Todos te necesitamos. ¿Has sabido algo de Beto?

El rostro del anciano cambió, como si hubiese sentido de pronto una puntada. Su mirada de afecto se transformó en una de desconfianza.

—¡Nada, inspector, nada! ¿A eso fue que viniste? ¿Lo buscas para llevártelo preso?

¡Creí que lo apreciabas!

—Estas equivocado, amigo. Aprecio a Beto. No lo busco para arrestarlo, sino para ayudarlo. Está metido en un gran lío.

—¿Por qué? Solo ha dejado de venir unos días al plantel. Eso no es tan grave. Si eso fuera delito, te habrían llevado a la silla eléctrica.

Pasaste más tiempo en esta caseta que en las aulas.

—No, Jairo. Sabes que Beto sí está en graves problemas. Por eso lo ocultas. En su *escarabajo* apareció el bolso de Stella, con manchas de sangre.

Esas ropas en su carro lo incriminan.

—Ya veo, piensas que el muchacho secuestró a Luis y a Stella.

—A estas alturas, Jairo, cualquiera podría dudar de que esos dos estén vivos.

Llevan una semana sin comunicarse con sus familiares, amigos y compañeros.

—¿Y opinas que Beto los mató?

—Beto es incapaz de eso, pero será el primer sospechoso, por lo que dijo el viernes en la tarde, y porque salió detrás de ellos.

Además, también lo involucran el bolso y las prendas que encontramos en su VW.

—El muchacho tiene muy buenos sentimientos. Deberías buscar otros sospechosos.

Lo que pasa, Pablo, es que la cuerda siempre rompe por el lado más delgado, y los

otros estudiantes son ricos y poderosos.

Luis, es un astro del fútbol y su padre es un rico empresario; Rosa es hija de un conocido político; Ismenia también proviene de una familia adinerada; y lo mismo puede decirse de Manuel.

Solo Stella y Beto son de origen humilde, aunque convivan con ricos.

Stella fue la manzana de la discordia: todos la deseaban, pero solo uno la defendió.

—Deja de tratarme como a un extraño, viejo. Me hablas como si yo perteneciera a un grupo de malvados que quiere hacer de Beto el chivo expiatorio.

No soy un extraño, Jairo. ¡Soy Pablo! ¿Acaso no me conoces desde niño?

—Pero estás persiguiendo a Beto.

—Si fuera así, ahora mismo entraría a tu caseta y me lo llevaría preso.

—¿Qué te hace pensar que podría estar allí adentro?

—¿Dónde más podría esconderse? ¡El muchacho no tiene otro lugar! No va a regresar a la residencia estudiantil.

También sé que Beto salió detrás de Luis y Stella, para proteger, contra la voluntad de ella, la supuesta virginidad de la muchacha; que estuvo en el club; que después decidió disculparse con Rosa, a quien ofendió a pesar de que ella es la mujer que realmente ama; y que regresó el sábado en la madrugada, para aparcar su VW en el estacionamiento de los estudiantes.

Tú mismo le abriste la puerta del estacionamiento para que entrara, mientras el vigilante dormía.

Y sé muchos hechos más, que tú ignoras.

—¿Cómo puedes estar tan seguro de lo que has dicho?

—Porque tengo la mala costumbre de revisar las grabaciones de las cámaras de seguridad.

Beto desconectó su teléfono personal, pero el tuyo está activo y registra una llamada suya, a las 3:12 a.m. del sábado.

Cuando pediste permiso a “Bigote de morsa” para buscarlos, ya Beto estaba en tu caseta.

—¿Y cómo es que el comandante de la policía no me ha llevado preso por cómplice?

—¿Cómplice de quién, Jairo? ¿Y de qué? ¿Del muchacho? ¿Ha cometido algún delito? Que yo sepa, ninguno.

No tengo necesidad de detenerlo. Está en buenas manos.

Dile a Beto que todavía está a tiempo para aclarar muchas cosas.

El caso es muy noticioso, y la prensa no lo ha atacado con mayor fuerza, porque supone que es otra de las víctimas.

Pero Luis es un famoso jugador de fútbol y muchos fanáticos consideran que lo secuestraron para hacer perder a su equipo y para privarlo injustamente del premio al mejor jugador.

Otros suponen que el campeón se vendió, para favorecer a algunos apostadores, y que Beto es su cómplice.

Eso no le conviene al muchacho.

Estoy haciendo lo que puedo por él.

Lo mismo que habrías hecho tú.

Jairo le contestó, apenado:

—Perdona, Pablo. ¡Te juzgue mal! Siempre he tenido fobia a los policías.

—Yo también, viejo; pero no te preocupes. La policía esta vez está de tu lado.

—Si lo que quieren es proteger a Beto, todos estamos del mismo lado.

El peligro tiene hermanos

Frente a la caseta, el detective y el jardinero siguieron conversando:

—Tienes fama de oler los riesgos, Jairo. Yo también.

El peligro siempre ha sido mi compañero, mi hermano, desde que tuve uso de razón, y aún antes.

Los dos nos conocemos. Varias veces él ha estado a punto de vencerme y algún día, por estadística, lo logrará.

Escondes a Beto para protegerlo, porque igual que yo, sabes que está corriendo un riesgo mortal.

Sé que Beto y Rosa están dentro de tu caseta; y que él está oyéndome en este momento.

Conozco los motivos que tienen para esconderse. No obstante, no los interrogaré.

De hacerlo, tendría que comunicarlo a la fiscalía, y esos muchachos en este momento no están en condiciones de soportar un interrogatorio formal.

Un escándalo público podría ocasionarles daños irreparables, especialmente a Rosa.

Dentro de tu carretilla encontrarás una caja con los medicamentos especiales que con urgencia que ella requiere. Son los mismos que sus médicos le recetaron. El diputado Romero me suministró la información.

—¿Por fin ese hombre comenzó a preocuparse por su hija? ¡Creo que llegó muy tarde! Rosa está muy mal: intentó suicidarse. Si sobrevive, será un milagro.

—En todo caso, Jairo, ellos no deberían quedarse aquí esta noche.

Sin que los vean, vayan a las 10 p.m. al estacionamiento. Los sacaré a los tres de aquí en mi patrulla y los llevaré a un lugar seguro, donde estarán bajo mi protección y cuidados.

—Te los llevaré, pero solo irán ellos dos. Perdona, pero es algo superior a mí.

—Sabía que me dirías eso. Respeto tu decisión. Si quieres, puedo enviarte protección especial.

—No, gracias. ¿De verdad crees que todo eso es necesario, amigo?

—Ser hermano del peligro, Jairo, tiene sus ventajas: una de ellas es que me permite anticipar sus movimientos.

Una bella pierna de mujer

Al día siguiente, Pablo estaba entrando a su casa, cuando recibió otra llamada de Diana Rosen:

—Hola, Pablo. ¿Cómo estás? Perdona que interrumpa tu almuerzo.

—Nunca interrumpes, Diana. Ni siquiera he terminado de entrar. Si no has comido, puedes venir con Felipe. Magda se alegrará. Preparó unos platos deliciosos, que alcanzarán para todos.

—Gracias, Pablo. Pero acabamos de recibir información sobre la pierna de una mujer joven.

Una pareja de enamorados la encontró en el mirador de la zona montañosa de los hoteles de alta rotación.

Podría ser Stella. ¡Vamos saliendo para allá!

—¿Dónde exactamente es eso?

Fue Felipe quien le respondió:

—En un sitio denominado Bella Vista, que está unos kilómetros más arriba del club de la frustrada cita de Luis e Ismenia.

El lugar es una especie de saco o bolsón: se entra y se sale del sector por la misma vía.

Quien quiera alejarse de la ciudad no se mete por ahí. Para eso coge la autopista, que es más rápida y segura.

Esa vía tiene varios caminos auxiliares de granzón o tierra que conducen a aisladas cabañas de montaña, de elevado precio, ideales para apasionadas parejas.

También hay sitios al aire libre, llenos de árboles y arbustos, donde uno puede acampar con el pretexto de ver la Luna.

Diana intervino:

—Como puedes ver, Pablo, Felipe conoce muy bien el sitio. ¡Se la pasaba allí antes de conocerme!

Pero Morles volvió al tema que le preocupaba:

—¿Solo hallaron restos de una mujer? ¿No había otros?

—Hasta ahora, solo la pierna de una joven mujer.

—¿Estaban en estado de descomposición?

—Parece que se encuentran en buen estado.

El señor que los descubrió no mencionó malos olores. Más bien elogió la belleza de la pierna.

—Debe ser un necrofilico. Es extraño. ¿Alguien constató que la pierna era de una joven?

—Nos lo aseguró el mismo ciudadano que la halló.

No pudimos hablar por teléfono con su pareja, porque ella tenía una crisis de nervios.

—¿Es médico?

—No, es un taxista. Tuve la misma duda que tú, y le pregunté cómo podía estar tan seguro de que fuesen restos femeninos.

Me respondió que no se necesitaba ser médico para reconocer una bella pierna de mujer.

—Creo, amigos, que nuestros forenses pronto van a quedar cesantes: los taxistas están asumiendo sus funciones.

El problema es que cobran más que los médicos.

Morles sugirió a sus amigos:

—Mi casa les queda en el camino, Diana.

Si pueden, les agradecería pasar por mí para seguirlos. Conduciré a Maigualida.

—Ven con nosotros, no tienes que manejar.

—Gracias, pero me gusta conducir. Me ayuda a pensar.

Necesitaremos un médico forense, además del taxista.

Avisen a Henry Fowler. Nos encontraremos allá. Pídanle que vaya con el personal, vehículos y equipos de la morgue.

Adviértele que es probable que haya más de un cadáver.

—No pareces muy optimista, Pablo.

Luis y Stella pudieron fugarse. Es posible que estén en Aruba o en las Bahamas, gozando de su juventud.

Recuerda que la familia de Luis tiene mucho dinero; y que a él le han ofrecido jugosos contratos. Solo por aparecer unos segundos en la televisión podría ganar más que nosotros en un año.

—Luis y Stella no tenían necesidad de fugarse. Nadie los perseguía.

Y las páginas amarillas, que yo sepa, no pagan por publicar fotografías.

Pero tenemos que ser realistas, Diana. Llevan siete días desaparecidos.

Ni una llamada, ni un mensaje, ¡nada! Eso no es normal.

Aun estando en el exterior, habrían podido enviar a sus familiares o amigos un correo, un mensaje o hacerles una llamada.

Ese silencio, no me agrada.

Felipe opinó:

—También podría tratarse de una falsa información.

Diana apoyó a su esposo:

—Tienes razón, Felipe. Ojalá que así sea y no se trate de Stella. Esa muchacha es muy linda y tiene derecho a vivir.

Hace una semana, era la estudiante más feliz del plantel.

Quizás no fue “novia provisional” solo por un fin de semana...

Es posible que se hayan ido a Las Vegas y casado secretamente.

Pablo soltó una carcajada:

—Estás viendo demasiadas películas románticas, Diana. ¿O es que te ha afectado el calor?

Felipe apoyó a Pablo:

—Diste en el blanco, Pablo. Anoche cuando llegué la encontré dormida, “viendo” una interminable serie española de amor. Tenía los audífonos conectados.

En cinco minutos estaremos frente a tu casa, amigo.

¡Saludos a Magda y a los muchachos!

Morles, siempre previsor, les sugirió:

—Gracias. Por si acaso, uno de nuestros helicópteros debería sobrevolar la zona.

Cualquiera de esas cabañas pudo ser la elegida por la pareja para su romántico fin de semana.

Desde el aire, quizás podamos ubicar más rápidamente la camioneta de Luis y excavaciones recientes en el terreno.

—Es una buena idea. Contactaré a nuestros pilotos.

La dueña de la pierna

Cuando llegaron al sitio, el taxista los llevó por un estrecho y sinuoso sendero de tierra hasta un apartado lugar.

Se notaba que quienes visitaban el sitio tenían otras prioridades que la de proteger la naturaleza. Rastros de carbones y basura de todo tipo, incluyendo prendas íntimas, se veían por todos lados.

—Mi amiga Julia y yo vinimos a pasar un rato aquí, usted sabe. Es un lugar apartado, pero tiene una vista muy bella.

Morles le respondió, irónicamente:

—Sí, entiendo. A luz de la Luna el paisaje es muy romántico.

—No fue en la noche, sino hace poco. Lo que había era una intensa luz solar. Todavía la tenemos, y son poco más de las tres de la tarde.

Vimos un claro en maleza, allí. Julia pensó que era alguien que había limpiado el lugar para acampar.

Se quitó algunas prendas para estar más cómoda. Colocó una manta sobre el suelo, porque estaba muy húmedo, y se acostó sobre ella.

De pronto Julia emitió un grito: —*¡Ramón, hay alguien aquí!* Le respondí: *¿Estás loca, mujer? ¡Estamos solos! ¡Deja los nervios!*, Pero ella seguía gritando histérica.

Entonces me incliné y vi una hermosa pierna de mujer, semienterrada, cerca de donde ella se había acostado.

Bajamos y reportamos el hallazgo al módulo policial que está en la entrada.

Con dificultad, Pablo y sus subalternos llegaron a un sitio mucho más alto y menos sucio.

Ramón les señaló el “claro” del cual les había hablado, que no se encontraba en la bella urbanización, sino casi debajo de sus pies, en la parte sucia del sector, cerca del vertedero de basura.

Pero el paisaje, observado desde ese lugar, era hermoso: a varios kilómetros de allí pudieron observar una bella laguna azul; rodeada de montañas de varias tonalidades de color verde, entre las cuales se veían lujosos chalets o cabañas de madera, que servían de discreto refugio a los amantes adinerados.

El detective ordenó a Ramón que no siguiera avanzando.

—Pero si usted ni siquiera ha visto la pierna, agente.

Está unos metros más adelante, debajo de esos matorrales.

—No se preocupe, no se nos escapará, por más que corra. ¡La tenemos rodeada!

—¿Puedo recoger la ropa interior de Julia? No se atrevió a regresar para recogerla.

—Lo siento, Julia tendrá que salir sin su prenda. Ahora es evidencia de un crimen. De todas maneras, no llevar esa prenda le ayudará a enfriar sus ardores.

Los técnicos del Ala móvil y de la medicatura forense llegaron pocos minutos después, halando y cargando sus pesados equipos.

Pablo les ordenó aislar y filmar todo el lugar y lo hicieron con calma, muy profesionalmente, colocando señales que les sirvieron de escala y referencia.

Detrás de ellos, llegó, jadeando, el doctor Henry Fowler, amigo y pariente de Pablo (estaba casado con Edith, la hermana menor de Magda de Morles).

—¿No pudiste buscarte un cadáver más cercano, Pablo? ¿Y tendremos que desenterrarlo? ¿Y después, bajarlo por ese precipicio? ¿Cuántos cuerpos son? Diana me dijo que podían ser varios. Eso nos llevará varios días.

—No te quejes ni preguntes tanto, Henry. Sabemos lo mismo que tú.

Ni siquiera nos hemos acercado a la pierna.

Ignoramos si aquí hay otros restos de la misma mujer o de otras personas.

¡La próxima vez le pediremos al asesino que mate a sus víctimas allá abajo, para que no tengas que subir caminando hasta aquí!

Ramón preguntó a Henry:

—¿Y por qué no subieron en automóvil, por la otra vía? No tenían necesidad de escalar el cerro.

Henry oyó la pregunta, y muy indignado interrogó a Ramón:

—¿Es que acaso había otro camino más fácil para subir hasta este lugar?

—Por supuesto: y para descender, también: hay una carretera de asfalto que conduce a la parte alta, donde están un grupo de muy bellas cabañas.

Ese camino de tierra, que ustedes ven, y que está a unos veinte metros de aquí, se empalma con esa carretera.

Es una vía muy bella y la urbanización la mantiene limpia y en buen estado.

Pablo oyó la conversación e intervino:

—Me habían informado que esta urbanización era como una especie de bolsón, con una única entrada y salida.

—Eso fue hace años, antes de que construyeran las cabañas.

—¿Y por qué usted nos hizo subir a pie por el cerro, en lugar de traernos en auto por esa vía?

Ramón le respondió:

—Porque Julia, por el susto, se fue hacia abajo y yo la seguí. Sus hombres me dijeron que no me moviera del sitio y que los esperara donde estaba.

Si la policía me dice tírese por ese barranco, por ese barranco me tiro. ¿Quién soy yo

para discutirle a la autoridad?

Furioso, Morles buscó a Felipe para reclamarle la errada información que le había dado sobre cómo llegar al sitio, pero este simuló estar dirigiendo el levantamiento del cadáver.

Un rostro desfigurado

Una vez que el sitio fue totalmente examinado y fotografiado, Henry y Pablo se acercaron al matorral.

Morles tuvo que reconocer de nuevo que el chofer de taxi había tenido razón: una hermosa y bronceada pierna de mujer sobresalía de la tumba recién excavada. La tierra que apenas lo cubría era negra, blanda y húmeda.

Henry la examinó y a medida que la analizaba, iba expresando sus conclusiones en voz alta, una detrás de otra:

—No se trata de un miembro amputado.

El cuerpo está entero, casi a flor de tierra.

Es una mujer joven, más o menos de veinte años.

Tendrá entre veinte y treinta horas de fallecida.

Con tanta humedad, pronto se descompondrá. ¡Hay que sacarla rápido!

Morles opinó:

—Tiene el mismo aroma que detecté en las ropas que encontramos en el VW de Beto, pero eso es extraño, ¿cómo pudo conservarlo por tanto tiempo...?

Eduardo Izquierdo tomó las huellas dactilares.

Mientras terminaban de desenterrarla, el experto consultó la base de datos de su computadora.

—La tengo registrada: se llama Ismenia Felicia Torres Méndez; estudia en el instituto, es soltera, tiene 21 años de edad.

Pablo explicó al médico:

—Es Ismenia, la novia o exnovia o *casiviuda*, de Luis Miralles.

Luego preguntó:

—¿Cómo murió, Henry?

—Tengo que revisarla con más calma en mi morgue, pero es evidente que la asesinaron salvajemente.

¡Le aplastaron el cráneo, probablemente con una piedra!

Además, esta mujer tiene el rostro totalmente desfigurado.

El asesino tiene que ser un enajenado mental, Pablo. Nadie que esté en sus cabales actuaría de esa bestial manera.

—Tienes razón, Henry. El odio y los celos enloquecen.

Sin poder apartar la vista de la muchacha, Morles ordenó con voz grave:

—Felipe: ¡Ordena que busquen a Manuel y a Megan! ¡Jesús Maldonado, mi portero, se encargará de vigilarlos, pero que no los ponga juntos!

—¿Los llevarán como detenidos? ¿Les leerán sus derechos? ¿Llamamos de una vez al fiscal?

—Todavía, no. Tengo que hablar antes con ellos. Pero que les informen que no están obligados a hacerlo y que les aconsejo llamar a un abogado.

Felipe se comunicó con sus subalternos para que cumplieran la orden de Morles.

Diana preguntó a Pablo:

—¿Sospechas que Manuel y Megan fueron los asesinos?

—Sería lo lógico. Tienen motivos de sobra. Pero aún hay algo que no encaja, Diana.

—¿Y dónde estarán los demás desaparecidos; Pablo?

—¿Luis y Stella? Podrían estar por aquí cerca.

—¿Vivos o muertos?

—Lo lógico sería que también estuviesen bajo tierra. Han pasado muchos días, pero...

Diana no lo dejó terminar:

—¿Y Beto y Rosa?

—Están vivos, todavía. Los tengo bajo mi protección. Se escondían en la caseta de Jairo.

Los saqué en la noche.

—¿Los llevaste a la comandancia? ¿Desde cuándo?

—Nadie los buscará allí y, por lo que estamos viendo en este momento, sacarlos fue una acertada decisión.

Jairo y Beto me entregaron a Rosa inconsciente. Ella trató de suicidarse.

Mi esposa Magda la está atendiendo

Diana opinó:

—Podría ser que Rosa haya tomado esa decisión como consecuencia de un sentimiento de culpa o remordimiento.

Uno de los hombres del Ala móvil se acercó y entregó a Morles algo dentro de un sobre transparente:

—Inspector, encontramos esto debajo del cuerpo de la joven;

Sin abrirlo, Pablo, lo miró y dijo:

—Ahora sí encajan las piezas.

Diana le preguntó:

—¿Qué es, Pablo?

—Un frasco de fino aroma francés, pero se quebró y derramó el líquido. Por eso me olía tanto a ese perfume.

Por cierto, Diana, es el último lanzamiento de la casa Dior. Deberías comprarte uno.

—Mi sueldo no alcanza para eso. Además, no me gustaría oler a muerta.

—Tienes razón; pero tampoco es muy agradable oler a esencia de cucarachas.

—¿Huelo a eso?

—No. Perdón. Me equivoqué. Hueles a todo lo contrario: a lo que espanta a las cucarachas, ¡a naftalina, Diana!

—¿Están llamándome vieja? Solo tengo 32 años.

—Bueno, corrijo nuevamente: la que huele a naftalina es la fragancia que usas, no tú.

Felipe y los demás del departamento no se han atrevido a decírtelo.

Alguien tenía que arriesgarse.; y fui el elegido, gracias a la diplomacia con la que suelo decir las cosas.

—¡Ahora recuerdo que mi madre tenía la costumbre de guardar naftalina en un frasco de agua de colonia!

—Sí, en un frasco de *Jean Marie Farina*, para ser más exactos.

—¡Vas a enloquecer, Pablo, si sigues con esa obsesión de andar metiendo las narices en todo.

¡Y no olvides que soy cinturón negro en kárate!

¿Por qué no vas a oler a Magda? Te aseguro que si le dices que huele a espanta cucarachas te pedirá el divorcio...

El descenso

Los detectives y demás funcionarios descendieron, pero en automóviles, después de haber llegado a la cumbre por el camino de tierra que les había indicado Ramón.

Antes de llegar a la carretera de asfalto, Aquiles, uno de los pilotos del helicóptero del departamento, se comunicó con Morles:

—Jefe: Siguiendo sus instrucciones, Genaro y yo sobrevolamos toda la zona.

—¿Observaron algo anormal?

—Una gran cantidad de parejas.

—Eso no es anormal en ese sitio.

—También localizamos un relleno sanitario a pocos kilómetros de distancia de las cabañas. Pero allí no pueden entrar...

—¿Por qué?

—Son los dominios de un delincuente con un impresionante prontuario, conocido como Maku.

Es un criminal peligroso Hemos recibido muchas denuncias de secuestros, especialmente de parejas.

Diana conocía muy bien a Pablo y trato de evitar que decidiera entrar al basurero:

—No creo que el adinerado Luis haya llevado a su doncella a un vertedero de basura.

Si su camioneta aparece allí, fue porque los atracaron, secuestraron o asesinaron.

Morles se quedó pensativo:

—¿Maku? ¡Me suena! ¿No es ese el sobrenombre de uno de los que buscamos por haber asesinado a varios de los nuestros?

Felipe le confirmó:

—Sí, dio muerte al sargento Joel Medina. Otros dos agentes que lo investigaban desaparecieron en ese mismo sector.

El sitio es inexpugnable. Hasta el vuelo en helicóptero es peligroso, porque, además del espeso humo de la quema de basura, hay una gran cantidad de zamuros y otras aves.

A quien no lo mata una bala, lo asesina una bacteria. El hedor es insoportable.

Diana, exclamó:

—¡Magnífico! Así nuestro sabueso disfrutará oliendo basura.

Pablo sonrió, pero siguió interrogando a los pilotos:

—¿Y qué más vieron?

—Detrás del relleno sanitario hay un cementerio de vehículos. Allí podría estar la camioneta que ustedes buscan.

—¡Iremos para allá!

Aquiles informo desde la aeronave:

—Desde arriba estamos viendo en este momento a varias bandas de delincuentes. Parecen hormigas arrancando y llevándose partes de vehículos, seguramente robados.

Son hombres, mujeres y niños, todos igualmente peligrosos.

Hay una explanada cerca, pero el sitio es muy inseguro.

Si quieren observarlo desde el aire, los recogemos en la entrada de la carretera de asfalto y los llevamos en el helicóptero hasta allá.

—Creo que es hora de que visitemos a nuestro amigo Maku.

Mejor, déjennos en la explanada.

—Eso es muy peligroso, jefe. No debería entrar allí sin refuerzos. Además, tendrán que caminar y la pendiente es fuerte.

—No importa. El doctor Fowler quiere hacer ejercicio y respirar aire puro.

Henry le contestó, contrariado:

—¿Me vas a hacer ir? ¿Solo para ver un vehículo abandonado? ¿Quieres que le haga la autopsia a una camioneta?

—Sí, doc. Cuando hay gente en peligro el tiempo cuenta.

—Apenas seremos cuatro; y allá abajo hay varias decenas de maleantes.

—No te preocupes, doc: no te atacarán. Eres su colega: ellos desarman y se llevan piezas de autos; y tú, desarmas y te llevas piezas de cuerpos humanos. La diferencia no es mucha.

—No soy mecánico, pero los acompañaré, para que no digan que soy un mal compañero de paseo.

¿Quién aguantaría a Edith si a su cuñado le pasa algo, y no estoy allí para salvarlo?

Más de una vez he tenido que salir pistola en mano para evitar que te maten o rematen.

Pero quien se lleva todos los honores y aplausos es el salvado y no el héroe que lo sacó del apuro.

—Ja, ja. Henry. ¡Hoy estás inspirado! Se ve que el paseo te ha prestado.

—Te advierto, amigo, que hoy no examinaré más cadáveres: me limitaré a admirar el verde paisaje y el elegante vuelo de los lindos zamuros.

—Lo que pasa es que tienes miedo de que tu competidor, el taxista Ramón, te quite el puesto.

—Ja, ja, ja. Con gusto cambiaría mi trabajo por el de él. Nadie que esté en su sano juicio envidiaría mi oficio. No es fácil lidiar todo el día con muertos.

—Puedes apostar que los muertos son más tranquilos que los vivos, Henry. Bueno, por lo general son más amables y pacíficos, aunque siempre hay excepciones.

Maku

Mientras se acercaban al lugar donde los recogería el helicóptero, Henry preguntó a Morles:

—¿Por qué tienes tanto interés en esa camioneta, Pablo?

No creo que puedas encontrar algo que valga la pena. Después de una semana de abandono, será poco lo que quede de ella.

Después de todo, la posibilidad de que Maku haya secuestrado a la pareja no sería una mala noticia: eso quiere decir que están vivos.

De ser así, ese bandido exigirá un precio para liberarlos; los padres de Luis lo pagarán; y ellos muy felices volverán a sus estudios, si es que esas rochelas pueden llamarse estudios.

—Lo que pasa, Henry, es que me surgió una loca idea por el camino.

—¿Otra más? Todas tus ideas son locas, Pablo. ¡Siempre lo han sido!

Todavía no he visto la primera que no lo sea. Naciste con un cerebro anormal al que le sobran y le faltan varias decenas de tornillos.

No obstante, tengo que reconocer que hasta ahora tu locura te ha dado buenos resultados.

No sé cómo lo haces, pero te ha funcionado.

Poco después llegó el helicóptero con Aquiles y Genaro para recogerlos. Los pilotos los llevaron a la explanada. Pero antes, hicieron un vuelo rasante, sobre el lugar donde los pilotos creían haber visto una camioneta similar a la que buscaban.

Pablo examinó el área con los binoculares y asintió.

—¡Allí está! Se encuentra destrozada, pero es la camioneta que buscamos. Puedo ver claramente su matrícula: WA535AG.

Felipe verificó el número con el comando:

—¡Esa es la matrícula de la camioneta que buscamos, Pablo.

—¡Entonces vamos allá, Felipe!

Dirigiéndose a los pilotos, les ordenó:

—¡Déjenos en la explanada! Iremos caminando desde allí, hasta el basurero.

Genaro y Aquiles, muy preocupados, los dejaron en la explanada.

Los tres jefes policiales y el forense caminaron entre los restos de vehículos. Varias mujeres y niños los observaron con curiosidad.

Pablo iba al frente del pequeño grupo, sin su tradicional chaqueta de cuero, en mangas de camisa. Sobre su pecho, cruzada, llevaba una bandana de proyectiles y su imponente Colt 45.

Detrás de él, iban Felipe y Diana.

Diana caminaba sin zapatos, a pesar de que el piso estaba muy caliente.

Henry se había quedado rezagado.

Pablo advirtió:

—¡Cuidado! No se ven hombres. Están escondidos. Seguramente nos atacarán.

No se equivocó: habrían caminado unos 50 metros, cuando detrás de los restos de unos camiones y autobuses quemados surgieron cuatro hombres que los rodearon. A los lados, Morles contó otros seis. Todos estaban armados.

Un hombre corpulento, sudoroso, con una franela que dejaba a la vista su abultado abdomen, con un enorme Magnum en la mano, y quien parecía ser el jefe, les preguntó:

—¡No pueden pasar! ¿Qué buscan?

Como si no hubiera notado el ambiente de peligro, Pablo le preguntó:

—¿Eres tú el jefe?

—Me llaman *Maku*. No sé si soy el jefe, pero aquí se hace lo que yo digo: y el que no lo hace, amanece muerto con un mosquero arriba.

Pablo le respondió con naturalidad, como si estuviese hablando con un empleado bancario:

—Soy Pablo Morles, primer comandante de la policía; y ellos son Felipe Maita y Diana Rosen, segundo y tercer comandantes. No venimos a detenerte, porque ni siquiera tenemos orden de allanamiento.

Estamos buscando una camioneta blanca, parecida a una que vimos desde el helicóptero.

Por ahora, solo venimos a verla. Déjennos pasar y nos regresaremos en paz.

El hombre rio:

—¿Morles? ¿El primer comandante de la policía se metió voluntariamente en la boca del león?

Siento decirte, policía, que no podrás acercarte a esa Explorer. ¡Es mía!

—Puede ser; sin embargo, te agradezco que nos enseñes los papeles, Si están en regla nos iremos y nada habrá pasado.

—Mi palabra es mi título de propiedad, poli. ¡Aquí tenemos nuestras propias leyes! Y una de ellas es que policía que entra por ese camino, no sale vivo.

Me gusta esa pistola niquelada que llevas en la cartuchera.

La mujer, también. Tiene buenos pechos y provocativos muslos.

Me quedaré con la pistola y con la mujer.

Pablo sonrió:

—No puedo negar que tienes buen gusto, Maku. Pero tienes dos problemas. Uno

pequeño y otro muy grande.

Sorprendido por el atrevimiento de Morles, el jefe de la banda preguntó:

—¿Cuáles, Morles? ¡Quien está en un grave problema eres tú!

—El primer problema, el pequeño, es que ni muerto te entregaré mi pistola; y el segundo, es que la bella dama que también te gustó es la esposa de Felipe.

Y créeme, Maku: ¡Ese sí es un gran problema! Yo siendo tú, humildemente le pediría perdón.

Maku soltó una horrible carcajada que hizo olas en su fofa abdomen.

Dirigiéndose a quien parecía ser su lugarteniente, un hombre flaco, de piel grisácea, que empuñaba una vieja ametralladora oxidada, expresó con burla:

—¿Escuchaste eso, Bob? El choro quiere que yo le pida perdón al cornudo.

Un coro de burlas y de risas le respondió, seguido por el metálico ruido de las armas al ser cargadas.

Diana intervino:

—¡Esperen! No se precipiten. ¡Maku y yo podríamos arreglar este problema en privado! ¿Verdad, guapo?

La sonrisa de orgullo y satisfacción de Maku habría asustado al mismo King-Kong.

—¡Ese cobarde no te merece! Una hembra como tú; necesita un macho como yo. ¿Qué me ofreces, preciosa?

—¡Todo!

—¿A cambio de qué?

—De que dejes ir a mi esposo.

—El precio es razonable, pero no me gusta la forma como tu marido me está mirando.

—Lo que quiere mi esposo es que le pidas perdón, Maku; pero si lo haces, no habrá trato entre nosotros. ¡Con un solo cobarde me basta!

—Ja, ja, Ni tu mujer te soporta, cabrón.

Diana siguió provocando al líder de la banda:

—Pero me parece, Maku, que no eres tan valiente como alardeas: le tienes miedo a Morles.

¡No te has atrevido a quitarle la Colt 45 que tiene en la cartuchera!

Al líder de la banda no le gustó eso.

—¡Ya se la quito, para que veas lo que es un macho de verdad...!

¿Y de qué se ríe ese maldito?

A Morles y al tal Felipe, les pasará como al agente Medina y a los otros policías: ¡morirán torturados!

Apuntando a Morles con su Magnum, Maku avanzó lentamente para apoderarse la Colt; sin embargo, la serenidad y la sonrisa de Pablo lo tenían desconcertado.

Extendió la mano hacia la cache de la Colt, pero no pudo tocarla: un puñetazo le estalló en plena cara.

Seguidamente, Pablo agarró a Maku por la nuca, y le aplicó una llave que lo hizo caer aparatosamente y morder el inmundito suelo.

Bob intentó disparar su ametralladora contra Pablo, pero la bella Diana que era una experta en artes marciales, saltó como una serpiente y con el pie descalzo le dio una fortísima patada en la ingle, que le tumbó el arma.

El flaco trató de recuperarla, pero otra patada le voló dos dientes y lo dejó tendido en el suelo, sin sentido.

Pablo se vio obligado a dejar al bandido en el suelo, pues otro de los delincuentes le cayó encima, armado con una enorme navaja.

Pero cuando el hombre vio que Pablo había empuñado su Colt 45, optó por retroceder, asustado.

Desde el piso, Maku disparó contra Diana, quien en ese momento le daba la espalda.

Falló el tiro, porque la jefa del Ala móvil se movía constantemente, cambiando de lugar en cosa de segundos.

Furioso, el líder de la banda encañonó a Felipe, suponiendo que estaba desarmado. ¡Craso error!

El criminal ignoraba, que el segundo comandante del departamento de policía había sido el ganador de casi todas las competencias nacionales e internacionales de tiro al blanco; y que era considerado el tirador más rápido y letal de toda la policía.

Pablo advirtió a Felipe:

—¡Lo necesitamos vivo!

Al oír la petición de Pablo, Felipe intencionalmente desvió el cañón de su 9 mm, y la bala se hundió en la gruesa y mullida almohada de grasa de Maku, quien cayó retorciéndose y llorando del dolor.

Otros de los miembros de la banda acudieron para atacar a Felipe, pero este, sin siquiera molestarse en voltear para apuntarlos, disparó su arma contra ellos.

Los gritos y aullidos de dolor atrajeron a otros dos maleantes, que estaban escondidos detrás del autobús.

No tuvieron tiempo de apretar sus gatillos: la pistola de Morles retumbó varias veces y los dos matones cayeron también al piso, con las piernas fracturadas por los gruesos proyectiles de la Colt.

Aprovechando que Diana se había agachado para recoger el Magnum de Maku, otro de los delincuentes, la golpeó bestialmente por detrás con la cache de su pistola, haciéndole perder el conocimiento.

El hampón arrastró a la ensangrentada jefa policial, cubriéndose con ella mientras Felipe, con su característica frialdad y serenidad, lo seguía con la mirada, esperando tener una oportunidad,

aunque fuera de fracciones de segundos, para disparar al maleante, sin hierla.

Sin embargo, el hampón no despegaba el cañón de su pistola de la sien de Diana; y se acercaba cada vez más al autobús, donde estaría fuera del alcance de las balas de Felipe y de Pablo.

Ninguno de los malhechores había reparado hasta entonces en la presencia de Henry Fowler, porque el forense, por cansancio, había llegado rezagado al sitio de los acontecimientos.

El secuestrador confundió al forense con uno de los suyos.

Enardecido, porque pensó que el maleante había asesinado a su amiga, Henry valientemente saltó sobre el delincuente, lo tumbó y le quitó el arma, y le habría disparado, a no ser porque Pablo, le sujetó el brazo, y le dijo:

—¡Cálmate, Henry! Solo vinimos a ver una camioneta.

Recuerda lo que decía mi padre: ¡Busquemos justicia, no venganza!

El escándalo atrajo a los otros miembros de la banda, que acudieron para defender a sus compañeros de fechorías.

No obstante, Aquiles y Genaro habían pedido refuerzos a la comandancia y, con sus armas largas, desde el aire mantuvieron a raya a los hombres de Maku, hasta que un grupo de patrullas entró al lugar y controló la situación.

Diana fue atendida de inmediato en el lugar por Henry, quien había subido con su inseparable maletín de primeros auxilios.

Diana recuperó el conocimiento, pero Morles ordenó a los pilotos que la llevaran, con Felipe, a al hospital de la comandancia.

En la morgue se portan mejor

Al terminar la batalla, el Ala móvil hizo las experticias a la camioneta, que resultó ser la de Luis Miralles.

Después que los demás heridos fueron llevados, con las debidas precauciones, a un hospital público, Pablo ordenó al Ala móvil recabar información sobre la muerte del sargento Medina y la desaparición de los otros dos policías que habían entrado a los dominios de la banda de Maku.

—Nadie que se meta con mis subalternos quedará impune; pero no seremos nosotros, sino los tribunales, los que decidan si son o no culpables, y las penas que merecen.

Me encargaré de que recaiga sobre esos asesinos todo el peso de la Ley.

Quiero interrogar personalmente a Maku ante un fiscal del Ministerio Público, apenas ese canalla esté en condiciones de declarar.

También ordenó al Ala móvil hacer con cámaras de precisión filmaciones aéreas en las proximidades del lugar donde Ramón había encontrado a Ismenia, y que analizara el terreno, para localizar otros sitios donde la tierra hubiese sido recientemente removida.

—Estoy seguro de hay más restos.

Se dirigió luego a Henry:

—Gracias, hermano. Menos mal que te trajimos.

Le contaré a Edith y a Magda tu gesta heroica.

—Gracias por el paseo, Pablo. Pero la próxima vez invítame a un lugar más tranquilo.

—Te ganaste una invitación este sábado para una parrilla en mi casa.

—Espero no ofenderte, concuñado, pero prefiero mil veces asistir a una parrillada con los de la banda de Maku, en este horrendo basurero, que ir a las que haces los fines de semana en tu casa.

Heredaste las habilidades gastronómicas del capitán Harry Campbell.

—Ja, ja, ¿Cómo sigue Diana, Henry?

—Sin que le hagamos una tomografía, entre otros exámenes, sería prematuro afirmar que está bien. Ese miserable por poco la mata.

En todo caso, tardará por lo menos unas dos o tres semanas en recuperarse.

Por lo que concierne a mi modesta persona, aunque no me has preguntado, te informo que estoy muy adolorido, porque recibí más golpes que los que di. Pero todavía estoy vivo. No me puedo quejar.

Una última pregunta, Pablo...

—¿Cuál, doc?

—¿Sirvió para algo todo ese lío? El basurero quedó sembrado de heridos, algunos muy graves. Hasta Diana sufrió las consecuencias.

¿Entrar a ese sitio, era la “loca idea” de que se te había ocurrido para hallar a los asesinos de Luis, Stella e Ismenia? ¡Ni siquiera vimos la camioneta que vinimos a buscar!

—No, Henry. Mi otra idea era y todavía es más loca: tanto que me cuesta pensar en ella. Pero no veas solo lo malo. Aprecia la parte positiva: disfrutamos de un encantador paseo por las afueras de la ciudad y, lo más importante, tuviste oportunidad de tratar con seres vivos.

El forense le respondió:

—Me quedo con los muertos de mi morgue. Tenías razón. ¡Son más amables y pacíficos!

Más restos

Morles acertó. En la mañana del día siguiente, mientras visitaba a Diana en su habitación del hospital de la comandancia, recibió una llamada de Eduardo Izquierdo, quien provisionalmente estaba dirigiendo el Ala móvil, por la ausencia de Diana.

—Buenos días, inspector. Le tengo noticias.

—Buen día, Eduardo. Estás en el altavoz. Felipe y Diana te están oyendo. ¿Las informaciones que me tienes, son buenas o malas?

—Mis respetos para ambos. Me alegra saber que Diana está mejor.

Las noticias son malas, inspector: encontramos más restos.

—¿Dónde, Eduardo?

—A unos cien metros del hallazgo del otro cuerpo.

—¿Estaban medio enterrados como los de Ismenia?

—Sí, ¿cómo lo adivinó?

—Aplicando la lógica. ¿Los identificaste?

—Las huellas dactilares indican que se trata de Luis Miralles Pérez, el futbolista.

Hay algo más, inspector.

—¿Qué es?

—A unos 50 metros del cadáver, encontramos, escondidos entre la maleza, una bolsa con una blusa floreada y una minifalda blanca. Tenían manchas de sangre.

—Supongo que las analizaste.

—Desde luego.

—¿Y la sangre era de Stella Cardinale, verdad?

—Sí. ¿Cómo lo supo?

—Esa era la ropa que llevaba cuando se fue con Luis.

—Bien, envíamela a mi oficina.

¿Cómo murió Luis Miralles?

—Todavía no lo sabemos. Hay mucha sangre. Parece que lo apuñalaron.

—¿Estaba vestido?

—No del todo. Solo tenía una franela azul e interiores.

—Lo suponía. ¿Encontraste una pala o un pico en el lugar?

—No, jefe.

—No es fácil excavar una tumba sin herramientas.

—Es cierto, aunque el terreno es húmedo y blando.

—Llama al doctor Henry Fowler para que analice el cadáver.

—Eso ya lo hicimos, pero, perdone, inspector, Fowler dijo que si usted quería que él le hiciera la necropsia a ese muerto, valga la redundancia, que se lo echara al hombro y que personalmente se lo llevara a su morgue, porque por nada del mundo volverá a este horrible sitio.

—Ja, ja, ja. No te preocupes, Eduardo. Hagan ustedes el levantamiento del cuerpo y llévenselo a Henry. Se quejará mucho, pero cumplirá su deber.

¡Es el mejor forense del Departamento!

Cuando vayas a su morgue dile que me interesa mucho determinar si Luis murió antes o después que Ismenia.

—Se lo diré, inspector, si es que se encarga de la necropsia...

—La hará. Y si no, que lo supla Ramón el taxista.

Mientras tanto, sigan buscando.

Los restos de Stella Cardinale podrían estar cerca.

El asesino no podía andar paseando el cadáver desnudo de una bella joven en esa zona tan peligrosa, sin que nadie lo viera.

Tuvo que haberlo enterrado o medio enterrado, como a los otros.

—Entendido, jefe.

—Gracias por todo, Eduardo. Buen día.

—Igual para usted, señor.

Aparece el cuerpo de Stella

Morles visitó a Henry en la morgue.

—Buen día, Henry. ¿Cómo sigues?

—Bastante adolorido por la caminata y los golpes: pero estoy bien.

—No todo el mundo ha salido caminando del reino de Maku I.

Medina y otros dos de nuestros hombres perdieron la vida allá dentro, Henry.

¿Cómo sigue el jefe de la banda?

—Ese malandro tuvo más suerte que el sargento Medina: la bala que le disparó Felipe quedó encapsulada en su gruesa capa de tejido adiposo.

—Maku está vivo de milagro, Henry. No sabía con quien se estaba metiendo. Insultar a Felipe es más peligroso que besar a una cobra.

—¿Qué encontraron allá?

—Los cuerpos del sargento Medina y de los otros dos agentes. Los torturaron horriblemente.

—Ahora entiendo que tuviste razón en entrar a esa madriguera, Pablo. Pero la próxima vez trata de que yo no esté, y de hacerlo con mayor número de agentes y más armas:

Éramos solo cuatro, contra más de veinte. Salimos vivos de allí d por suerte. Y Maku tenía otras bandas de reserva.

—Hoy Maku y sus matones están siendo enjuiciados. No saldrán de allí en muchos años.

Encontramos un arsenal subterráneo; y grandes cantidades de drogas de todo tipo.

También les confiscamos muchas pacas de dólares y de euros, producto de sus fechorías, que usaban para sobornar a jueces, policías y a otros funcionarios.

—Ignoraba que tuvieras tan buena vista, Pablo. No sé cómo pudiste descubrir la camioneta desde el helicóptero.

Te confieso que a pesar de que usé los mismos binoculares que tú, no pude distinguirla entre tantos restos de vehículos y de basura.

En cambio, tú sí la observaste de inmediato y con todo detalle: ¡hasta el número de la placa nos dictaste!

—Te voy a ser sincero, Henry, pero no se lo digas a Diana, ni a Felipe:

¡No vi ni la placa, ni la camioneta! Además, con el movimiento del helicóptero, no logré ni siquiera ver el basurero.

El número de la matrícula me lo sabía de memoria; e hice como si lo estaba leyendo.

—¿Nos hiciste entrar allí, sin saber si en ese basurero estaba o no la camioneta, Pablo?
¡Si Diana se entera te mata!

—Sí, es verdad, y con toda razón, pues salió seriamente herida.

—Creo que cometiste un error al identificarte como jefe de la policía. Eso exacerbó los ánimos.

Pudiste decirles que queríamos comprar unos repuestos.

—Legalmente estaba obligado a hacerlo, Henry: no disponíamos de orden judicial alguna que nos permitiera entrar en ese infierno.

Ni siquiera sabíamos si la camioneta estaba en ese lugar. Tampoco se les había imputado delito alguno.

—Pero de todas maneras entraste e hiciste un desastre allí adentro.

—Sí, pero cometieron un delito muy grave frente a nosotros.

Y eso, desde el punto de vista legal, cambió todo, porque cuando los delincuentes están cometiendo un delito muy grave contra otras personas, hay flagrancia, y en ese caso, la policía no requiere orden judicial para entrar siempre que sea con el fin de impedir que se cometa o consume el delito.

Llegamos justo en el momento preciso para evitarlo.

—¿Cuál fue ese grave delito, Pablo?

—¡Secuestraron a los tres jefes del departamento de policía! Por eso les advertí quiénes éramos. Y tú eres nuestro principal testigo.

Tienes que entender, Henry, que después de enterarme de que esa era la guarida de los asesinos de tres de mis hombres, no podía perder la oportunidad de arrestarlos.

Menos mal que el Ala móvil sí encontró la camioneta y pudo hacerle las experticias.

Los rastros de sangre demostraron que la Explorer de Luis fue utilizada por el asesino como coche fúnebre para transportar el cadáver del mismo Luis, el de Ismenia y el de Stella.

Los expertos detectaron tres tipos diferentes de sangre.

—¿También encontraron el cuerpo de Stella?

—Encontraron el cuerpo de una joven, enterrado al borde de la laguna. Una de las prendas estaba impregnada de sangre. Los expertos me confirmaron que era la de Stella.

Han tenido problemas para traerte el cadáver, porque el sitio es muy húmedo y pantanoso; pero pronto lo tendrás aquí.

Apenas termines de hacerle la necropsia, te agradezco me informes los resultados, quiero saber el tiempo y la causa de su muerte. Tengo una sospecha y quiero

confirmarla.

—¡Pobre muchacha! Asesinada en el fin de semana que tanto soñó.

Los tres crímenes pudieron ser obra del hampa común. De las mismas bandas que nos dieron la cordial bienvenida.

—Puede ser. ¿Terminaste la necropsia de Luis?

—Sí, Pablo. El hombre presentaba nueve heridas de arma blanca. Pero hay algo raro.

—¿Qué es, amigo?

—¡Que antes lo habían drogado! Los exámenes de sangre así lo comprueban.

—No es normal que un jugador de fútbol se drogue antes de una final de copa.

—Eso está terminantemente prohibido. Hay controles previos y posteriores a cada juego. Pero también les están prohibidas las relaciones sexuales y hay quienes no respetan esas prohibiciones.

—¿Quién murió primero? ¿Luis o Ismenia?

—Me atrevería a decir que Luis murió unas diez horas antes que ella.

—¿El cuerpo de Ismenia presentaba heridas de armas blancas o de fuego?

—No. Solo le aplastaron el cráneo y le desfiguraron el rostro.

—¡Gracias, Henry, por todo!

La cabaña 16

Pablo obtuvo del juez una orden de allanamiento que permitió al Ala móvil entrar a la zona de las cabañas.

El administrador de la urbanización se identificó como Winston Zamora, y explicó a Morles que se trataba de un desarrollo de 30 cabañas de lujo, completamente aisladas entre sí, lo que garantizaba a sus clientes una absoluta privacidad.

La mayoría de las cabañas estaban en ese momento vacías, porque no era época de vacaciones; pero los fines de semana solían tener, aún fuera de estación, un cierto movimiento.

—Dime, Winston, ¿cuáles fueron las cabañas en las que hubo movimientos desde el viernes pasado?

—Solo las distinguidas con los números 13, 14, 15, 16, 17 y 22.

Las demás no fueron utilizadas o solo se utilizaron para actividades de mantenimiento.

—Bien. Eso limita nuestro campo inicial de búsqueda a solo siete cabañas.

Dime entonces los nombres de las personas que las reservaron.

—Perdone, inspector, pero esa información de nada le servirá.

—¿Por qué?

—Quienes reservan suelen darnos identidades y datos falsos, por razones de confidencialidad. Nos los dictan y nosotros hacemos como si les creemos.

—¿Y les pagan también con billetes falsos?

—No. Muy rara vez nos pagan en efectivo, porque las cabañas son de primera calidad y nadie suele llevar tantos billetes encima; pero nos pagan con tarjetas de débito o de crédito.

Normalmente exigimos el pago adelantado del período reservado.

—Ok, amigo. Vamos a hacerlo ordenadamente: me vas a dar, primero, el número de cada cabaña; después, el nombre de las personas que las reservaron; y por último los datos de las tarjetas de débito o crédito con las cuales los usuarios las pagaron.

—Me temo que esas son informaciones confidenciales. No podré dárselas.

—¿Ni siquiera con una orden de allanamiento?

—Ni siquiera. Nuestro abogado nos ordenó mantener esa información en estricta reserva.

—Mira, Winston, te voy a hablar claro: si no me das de inmediato esa información, a ti y a tu abogado me los llevaré arrestados y los acusaré de ser cómplices de, por lo menos, tres asesinatos.

Además, daré orden a mis agentes de que destrocen todas las puertas de esas cabañas y se lleven también presos a todos los que estén allí, vestidos o como se encuentren ese momento.

—Entiendo, señor. Aquí tiene la información.

Morles examinó la lista, y comentó en privado con Eduardo:

—Comenzaremos por la cabaña 16.

—¿Por qué, jefe?

—Porque fue reservada el viernes por Humberto Lezama Rubio

—¿Por Beto?

—Sí, pero ese nombre es falso. Fue el primero que vino a la mente de quien hizo la reservación.

Veremos quién la pagó.

¡Otra sorpresa, Eduardo! Fue pagada con una tarjeta de débito a nombre de Ismenia Felicia Torres Méndez.

—¿No es ese el nombre la mujer que encontró Ramón, el taxista?

—La misma, pero ella no pudo ser quien pagara; que yo sepa los muertos no pagan facturas.

Pablo interrogó a Winston, y este le aclaró:

—Una muchacha muy bella y alegre llegó el viernes a la administración, con un joven bien vestido y fue quien pagó, por adelantado.

Normalmente nuestros clientes firman el *voucher* en blanco, para que al final incluyamos cualquier consumo de licor u otro servicio.

En la cabaña hay una nevera y una pequeña cocina; pero también podemos llevar el desayuno u otras comidas ligeras a las cabañas.

Pablo solicitó la lista de los pedidos. La pareja de la cabaña 16 había ordenado sándwiches y vino para la primera noche, la del viernes; desayuno y un almuerzo suave, el sábado; y una cena, también suave, el domingo.

—*Amor con hambre, no dura*. Comentó Pablo.

Winston, ¿cómo eran los huéspedes?

—Tenemos prohibido observar directamente los rostros de las parejas que vienen. Pero uno siempre los ve de reojo, por si acaso de trata de una amiga o de un amigo...

El hombre era muy fornido, con pelo amarillento y muy corto; posiblemente un levantador de pesas.

Ella era muy joven, parecía europea, de piel muy blanca, muy simpática, parecía una recién casada, estaba feliz, aunque el lunes la noté muy tensa y malhumorada.

—¿Estuvieron los dos todo el tiempo encerrados en esa cabaña?

—No. Salieron en varias oportunidades por los alrededores.

—¿Cómo lo sabes, Winston?

—En dos oportunidades, los vi de lejos, sentados en la orilla de la laguna riendo y dando de comer a los patos, y en otra, los vi salir en su vehículo, pero regresaron en menos de veinte minutos.

—¿Cómo era ese vehículo?

—Una camioneta blanca. La placa o matrícula la tenemos registrada en la ficha de ingreso, por si les interesa.

—Sí nos interesa. ¿Cuándo fue la última vez que los viste?

—Vi a la chica el lunes al mediodía, creo que había discutido con su acompañante, me pidió una medicina para el dolor de cabeza, y tenía los ojos rojos.

Se fueron ese mismo lunes en la tarde.

—¿Los viste cuando se fueron?

—Sí, vi a la chica dejar las llaves en el buzón que tenemos en la puerta.

—¿Y al hombre?

—No. Ella me dijo que se había quedado en la cabaña, cargando la camioneta.

—¿Revisaste la cabaña 16 cuando se fueron?

—Eso le corresponde a Milena, que es la responsable de verificar el estado en que los huéspedes nos dejan las cabañas. Si encuentra algo faltante o algún deterioro, lo cargamos a la tarjeta del cliente.

—¿Te reportó Milena alguna irregularidad?

—No. Por eso solo les cobré el vino, y los cuatro días de hospedaje.

—¿Podemos hablar con Milena?

—No está. Desde el lunes no ha venido, pero eso no es extraño.

Esa joven se queja mucho de que el sueldo no le alcanza ni para pagar el transporte y viene cuando le da la gana.

Pero además de lo que le pagamos, recibe cuantiosas propinas de los huéspedes.

—¿Alguien ha entrado en la cabaña 16 desde entonces?

—Salvo Milena, nadie. Tengo muchas cabañas disponibles desocupadas, limpias y listas para su inmediato uso.

Cuando llegue Milena, se encargará de las que no estén debidamente arregladas. Pero le descontaré los días que faltó a su trabajo.

—¿Dónde está la llave de la cabaña 16?

—En el mismo buzón donde la joven la dejó. Son llaves electrónicas, después les colocamos otras claves.

—¡No las toques! Nosotros las recogeremos.

Los cuerpos

Cuando Pablo y Eduardo se acercaron a la cabaña, encontraron cerca de la puerta un gran charco rojo, con restos de cabellos y masa encefálica. Una gran piedra estaba al lado del charco, ensangrentada.

—Aquí asesinaron a Ismenia, dijo Pablo con voz grave.

Abrieron la puerta con otra llave (la que la dama había dejado en el buzón se consideró evidencia y fue debidamente preservada) y al entrar en la habitación principal sintieron nuevamente el olor a sangre.

La cama estaba totalmente desarreglada y todas sus sábanas manchadas de rojo. Al lado, estaban unos pantalones de hombre.

Los expertos examinaron el pantalón y encontraron una billetera con la identificación de Luis.

—Al campeón de fútbol le quitaron la vida en la cama, probablemente mientras dormía.

Morles ordenó revisar todos los alrededores de la cabaña, y encontraron un tercer charco de sangre, mayor que los otros dos. En medio del charco estaba el documento de identidad de Stella:

Eduardo, exclamó:

—Aquí se cometió el tercer crimen.

Pablo señaló:

—De los tres charcos parten hilos hacia el estacionamiento de la cabaña. Allí seguramente estaba aparcada la camioneta. Es obvio que el asesino arrastró los tres cuerpos para esconderlos en otro lugar. ¿Pero con qué propósito?

Es imposible ocultar que aquí se cometieron tres cruentos crímenes. Hasta en el techo hay vestigios de sangre.

Eduardo amplió lo dicho por Pablo:

—Sí. Los tres cuerpos fueron llevados por el asesino a la camioneta Explorer. Los tipos de sangre coinciden con los que encontramos en los restos de esa camioneta.

El de Stella lo arrojó el criminal en el pantano de la laguna; pensando que los animales y la humedad pronto los harían desaparecer del todo.

Y los de Luis e Ismenia, los llevó el asesino mucho más lejos, hasta el camino de granzón, donde Ramón descubrió la pierna de la joven.

—¿Pero para qué?, preguntó de nuevo Morles.

Nadie supo responderle.

La lista

Cuando Morles terminó de hablar con Eduardo, Felipe comentó:

—Veo que sospechas que Jairo fue el asesino de Luis y de Stella.

Diana añadió:

—Y de Ismenia.

Pablo los miró, extrañado:

—¿Jairo? ¿De dónde sacaron que yo creo que él es el asesino?

Felipe le respondió:

—Te oímos ordenar que buscaran un pico y una pala, ¿quién más podría tenerlos, sino un jardinero?

Además, si Beto y Rosa están en la comandancia, y Luis, Stella e Ismenia murieron ¿quién más pudo ser el asesino?

No tenemos más sospechosos.

Pablo soltó una carcajada.

—Hay más de los que ustedes imaginan, amigos. Están Megan, Manuel, Alfredo, *Bigote de Morsa*, Ronald, Beatriz y Maku, por citarles solo a algunos.

Diana exclamó, incrédula:

—¿En tu lista de sospechosos tienes al profesor Marcano?

Morles se levantó de la silla y se encaminó a la puerta, riendo. Antes de salir les dijo:

—Ustedes también están en esa lista.

Diana le replicó:

—¡Tienes los ojos brillantes y estás silbando! ¡Ya sabes quién es!

—Todavía hay muchas piezas que no encajan... Sería una gran irresponsabilidad de mi parte acusar a alguien en este momento. Podría ser un inocente.

Felipe advirtió a su esposa:

—No insistas, querida. Conocemos muy bien a Morles. ¡Siempre ha sido así!

Harry Campbell afirmaba que cuando Pablo había logrado descubrir quién había sido el asesino; no soltaba prenda hasta el final, porque su hijo disfrutaba viendo a los demás sufrir tratando de averiguar quién era y cómo lo había descubierto.

—Tienes razón, Felipe, no le daremos el gusto de preguntarle. ¿Pero quién será? ¿Cómo lo habrá descubierto?

Desde el pasillo, oyeron la risa de Morles.

La explicación

Morles citó a su despacho a Felipe, Diana, Eduardo y al profesor Marcano.

Previamente les informó que les revelaría en la reunión quién era el asesino.

Llegó con media hora de retraso, y después de hacer varias llamadas a Magda, al mecánico y hasta al panadero, comenzó su relato:

—Mi primer sospechoso fue, desde luego, el joven Beto, ya que frente a sus compañeros había expresado su desacuerdo con el noviazgo provisional de Luis y Stella, y los había invitado a actuar para proteger a la joven.

Beto pidió esa intervención de una manera tan vehemente, que Rosa, su exnovia, se molestó y le expresó que su relación con ella había terminado porque él no hacía otra cosa que perseguir a Stella.

Ronald se burló de Beto, argumentando que estaba celoso de Luis, porque quería hacer a Stella lo mismo que le haría el deportista.

Pero había algo que no me cuadraba en esa escena de celos:

Beto y Rosa desaparecieron el mismo día viernes de la escapada romántica de Luis y Stella.

Si Beto había salido para proteger a Stella, no me parecía lógico que su exnovia lo acompañara en esa quijotesca misión, ya que Rosa veía a Stella como una rival que había destruido el único noviazgo estable que había tenido.

Además, los celos de Rosa habían originado una fuerte discusión entre Beto y ella; y cada uno se había ido del lugar por su lado; tanto es así que sus respectivas desapariciones solo fueron detectadas, y asociadas entre sí, en la mañana del lunes siguiente, cuando al igual que Luis y Stella, ellos no asistieron a clases.

Diana dijo:

—Supuse que Beto y Rosa habían abandonado juntos el área de vestidores; pero, como dices, eso no tendría sentido. Minutos después hubo entre ellos una airada discusión.

Pablo continuó su exposición:

—Nadie se preguntó lo que cada uno de ellos hizo a partir de esa tarde.

Suponiendo que Beto y Rosa, bien sea juntos o separadamente, hubiesen seguido y alcanzado a Luis y a Stella, ¿qué podrían haberles hecho? ¿Asesinarlos?

Eso no me parecía sensato, pues no era una manera de proteger a Stella.

¿Secuestrarlos? ¿Cómo? Sus “rehenes” habrían sido mucho más corpulentos y fuertes.

No cabía en mi mente que Beto, sin armas, pudiese dominar físicamente al campeón de fútbol. O que la endeble Rosa sometiese a la saludable Stella.

Además, me constaba que Beto era un muchacho tranquilo, pacífico, buena gente...

Diana añadió:

—De quien el muchacho estaba enamorado era de Rosa, la que todos despectivamente llaman la *Apagafuegos*; amor que en mi opinión revelaba sus buenos sentimientos. Era el único que no se burlaba de ella, y que la apreciaba.

Pablo estuvo de acuerdo:

—Es cierto. Prueba de que Beto sí amaba a Rosa, es la forma como le reclamó que le hubiera sido infiel con el mismo Luis.

El muchacho estaba muy dolido, porque realmente la amaba.

Pero en el caso de la fuga romántica de Luis y Stella, la reacción de Beto había sido muy distinta, no fue la del amante despechado.

Solo intentó proteger a Stella. No le reclamó infidelidad o traición alguna. Ni podía hacerlo, porque no existía relación amorosa alguna entre ellos.

Todos se burlaron de Beto, porque trató de impedir algo inevitable; ya que la misma Stella estaba loca por asumir, al menos durante ese fin de semana, el papel de novia provisional del famoso campeón de fútbol, con todo lo que eso implicaba.

Felipe mostró dudas:

—Pero, Pablo, el Ala móvil interrogó a todos los testigos, y dijeron que Beto parecía enamorado de Stella.

Pablo sonrió y prosiguió su relación:

—Sí. Y eso fue, precisamente lo que me hizo investigar más a fondo.

Los rumores sobre el amor unilateral de Beto por Stella provenían del hecho de que el joven había comenzado a seguirla; lo que molestaba e irritaba a la misma joven que tan gallardamente él pretendía defender.

Los demás, incluyendo a la misma Rosa, erradamente interpretaron ese sentimiento de protección como un gesto de machismo o de posesión y acoso sexual, por parte de Beto.

Entonces me pregunté:

¿Cómo se metió el muchacho en ese enredo? ¿Y por qué, si no estaba enamorado de Stella, trató de impedir que saliera con el futbolista?

Era obvio que Beto no había sido el protagonista de los hechos, sino una persona que sin querer se vio involucrada en el caso.

Revisé mis informaciones y encontré que Ronald y los otros estudiantes que estaban en el área de los vestidores declararon que Beto les había dicho que *no estaba bien que Ismenia y Manuel, para preparar su propia escapada, jugaran de esa manera con los sentimientos de Stella*; y que les había reclamado que se la estaban poniendo a Luis “en bandeja de plata”.

Si Beto no era novio de Stella, y ni siquiera su amigo, ya que ella lo rehuía, ¿qué era él de ella?

Diana se adelantó:

—Nada, Pablo, no era nada de Stella. Solo un extraño.

Esas cosas suceden. Vivimos en una sociedad de machistas. Las mujeres sufrimos constantemente esos asedios, y a nadie le importa. Las autoridades solo intervienen cuando nos hieren o matan y, de vez en cuando, si nos violan.

Pero que un hombre persiga a una mujer y quiera hacerla suya, no tiene nada de raro.

Eso a diario me pasa a mí y fue una de las razones de que estudiara artes marciales.

Pablo sonrió:

—¡He visto a varios de tus acosadores en el hospital! ¡La mayoría de ellos con huesos fracturados!

Tienes mucha razón, amiga, pero no todos los hombres somos iguales; ni tampoco lo son todas las mujeres.

El mismo interés de Beto por proteger a Stella, constituía una prueba de sus nobles sentimientos.

Entonces recordé que los testigos señalaron también que Beto les había dicho: *¡Eso no se hace! ¡Es inhumano! Stella podría ser la hermana de cualquiera de ustedes. ¡Tenemos que hacer algo para evitar que se vaya con Luis, amigos!*

Analiqué esa frase, y ¡Bingo!, encontré la respuesta:

¡Beto protegía a la joven como lo haría un hermano! ¡Era hermano de Stella!

Las piezas del rompecabezas comenzaron a encajar:

El interés de Beto en Stella, a pesar de que tenía una novia a la que amaba; el hecho de que se sintiera moralmente obligado a evitar que ella cometiera el error de salir con Luis (temor que resultó plenamente justificado); la circunstancia de que hubiera ido a buscarla al restaurante y a otros sitios donde pensó que podría haber ido con su novio provisional; el bolso y las huellas de Stella en su humilde VW; y algunas otras cosas más que por el camino les narraré.

El profesor Marcano interrumpió a Morles:

—¿Dijiste que eran hermanos?

¡Eso es imposible, Pablo! Beto es huérfano de padre y madre. Jairo, tú y yo conocimos al padre.

La madre de Stella todavía vive, en Europa...

Los dos muchachos ni siquiera se parecen físicamente: él es moreno y nació en esta ciudad; ella es rubia y nació en Italia, aunque ahora viva aquí.

Sus apellidos son diferentes. Nunca se conoció parentesco alguno entre ellos.

A pesar de que los dos tenían años en este plantel, ni se trataban.

—¡Son hermanos, profe, pero solo por parte de madre! Los exámenes genéticos que hicimos a sus respectivas muestras de sangre, así lo prueban.

Nadie asoció a Aida de Cardinale con la antigua Aída de Lezama.

Cuando el padre de Beto murió, su viejo amigo y socio, Jairo Fuentes, quien por las

circunstancias de la vida era el jardinero del plantel, se encargó de Beto y lo crio como si fuera su nieto.

Jairo ocultó a todos que la madre del muchacho vivía en Italia, por temor a que se lo quitaran. Sabía que ella no lo amaba y que no lo cuidaría.

Los dos muchachos tuvieron una vida dura. No supieron lo que era el amor de una madre y desde el punto de vista económico, apenas tenían para sobrevivir.

Todos guardaron silencio. Morles, consciente de que todos estaban ansiosos de que continuara, exclamó:

—Tengo la garganta seca de tanto hablar...

¡Profe!, ¿podría prepararnos otra jarrita del famoso café...?

—Por supuesto, Pablo. ¡Solo tardaré unos cinco minutos!

Diana miró con rabia al profesor Marcano, por haberse prestado para la maniobra dilatoria de Morles, pero no quiso demostrar su curiosidad por conocer el final del relato.

Si el tiempo requerido para la preparación del café se hizo demasiado largo para los asistentes, más todavía fue el que se tomó Pablo para degustar y elogiar el café Bigotes. Hasta repitió.

Por fin, después de agradecer al profesor Marcano su gentileza, Morles continuó:

—Perdonen, ¿por dónde iba?

Diana le dijo, arrastrando las palabras:

—Por la parte en la que descubriste que Beto y Stella eran hermanos...

—¡Ah, sí! Bueno. ¡Eso era todo!

La reacción de Diana

Diana no pudo contenerse:

—¿Cómo que “eso era todo”, Pablo? ¿Y para qué nos hiciste venir?

¿No pudiste decírnoslo por teléfono o mandarnos un mensaje de texto?

Todavía estoy adolorida por la herida en el cráneo.

¡Casi me matan por tu locura de meterte, sin necesidad alguna, en los predios de la banda más peligrosa de la ciudad, la de Maku!

Felipe, quien conocía muy bien a Pablo, tranquilizó a su esposa:

—Calma, querida. Sabes que antes de informarnos cualquier cosa, Pablo necesita satisfacer su ego.

Hasta que no admitamos que fuimos incapaces de descubrir quién fue el asesino de Luis, de Stella y de Ismenia, no nos dirá lo que descubrió su portentoso y egocéntrico cerebro.

Pablo se dirigió a Diana. Lucía realmente extrañado y arrepentido:

—Perdona, Diana. No quise disgustarte. No entiendo por qué estás tan molesta.

Solo quería ponerlos al tanto del avance de mis razonamientos.

¿Qué es lo que quieres saber?

—¡Que me respondas solo en dos palabras, ¡dos nada más!:

¿Quién es el asesino, Pablo?

Morles le respondió, mirando fijamente su taza, como si el nombre del asesino estuviese escrito en el fondo de la misma:

—¡Stella Cardinale!

Una sonrisa triunfal

Todos miraron sorprendidos a Morles, en cuyo rostro surgió una sonrisa de satisfacción al notar el impacto que su respuesta había causado en su muy calificado equipo de investigadores.

Diana solo acertó a preguntar, con cara de asombro:

—¿Stella Cardinale? ¿Stella Cardinale, dijiste?

—Sí. Eso dije. ¿Quién más podría ser?

—¡No es posible, Pablo! ¡Está muerta! ¡Fue una de las víctimas!

Felipe fue el primero en reaccionar:

—Tampoco puedo entender esa conclusión, Pablo. Es obvio que cometiste un error. Al mejor cazador se le escapa una liebre.

Quizás quisiste decir que la asesina de Stella fue Rosa: la pobre está trastornada y odiaba a la que creía que le había robado a Beto. Tiene que haber sido la Apagafuegos quien eliminó a la incendiaria Stella.

—No fue así, Felipe. Después de la discusión, Rosa fue directamente a su residencia e intentó suicidarse, pero antes llamó a Beto para despedirse. El muchacho fue a buscarla y la llevó a la caseta de Jairo. De allí no salieron sino cuando yo me los llevé.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—¿Recuerdas que redireccioné las cámaras del plantel, especialmente las que daban a la caseta de Jairo?

—Es verdad. Dijiste que era para protegerlos de un inminente peligro. Por cierto, ¿cuál era?

—El peligro era la misma Stella. Beto habría sido incapaz de negarse a verla o de ayudarla.

Pero los dos jóvenes, Beto y Rosa, eran los más indicados candidatos para que Stella les endosara sus crímenes.

Pudo haber un cuarto asesinato: el de Beto; caso en el cual todos responsabilizaríamos a la pobre Rosa.

Diana, lo oía, aún incrédula:

—¿Quieres decir que Stella mató a Luis y a Ismenia, y que luego se suicidó?

—Te lo dije muy claro: Stella fue quien asesinó a Luis y a Ismenia. Lo demás lo agregaste tú.

—Tiene que haber otro asesino, el que mató a Stella... ¿Jairo? ¿Manuel? ¿Alfredo? ¿Megan?

—Si te quedas tranquilita, oyendo mi relato, sin impacientarte ni insultarme, es posible

que te enteres.

—¡Tú ganas, Pablo! Acepto tu humillante condición. Te daré el gusto de implorarte que nos digas qué fue lo que pasó. ¡Pero suéltalo ya...!

—¿Puedo tomarme otra taza de café?

—¡Tómate la jarra, de una vez! Pero no interrumpas tu relato.

Volviéndose al profesor Marcano, Diana lo amenazó:

—Profesor Marcano: si vuelve a prepararle café a su exalumno, ¡me lo llevo preso...!

Pablo soltó una carcajada, y les dijo:

—Calma, calma, amigos. Se lo contaré todo... ¿Recuerdan el perfume?

—¿Vas a empezar con eso otra vez, Pablo?

—Sí, Diana, porque es muy importante. Esa esencia, como les dije la sentí en tres oportunidades:

La primera, fue en el VW de Beto y el aroma provenía de la ropa interior de Stella que encontramos dentro del vehículo.

La segunda vez que detecté esa fragancia, fue cuando interrogué a Ismenia, la novia sustituida; a quien pregunté si Stella le prestaba su perfume, y poco faltó para que le diera un infarto de la rabia.

Ismenia me contestó, muy ofendida, que no usaba el perfume de Stella, sino que era al revés, pues la “novia provisional”, además del novio, había tenido el descaro de robarle una cartera donde guardaba el frasco de ese perfume, sus tarjetas de crédito, su pasaporte, medicamentos y otros efectos.

También me explicó que ella había comprado ese perfume en París por un elevado precio; pues era el más reciente lanzamiento de la casa Dior, y que lo usaba para seducir a su campeón de fútbol, quien enloquecía de pasión al olerlo sobre su bello cuerpo.

Y la tercera vez que capté esa fragancia fue cuando encontramos el cadáver de Ismenia. Me llamó la atención que se sintiera tan fuerte. Resultó que el frágil frasco de cristal se había quebrado al caer al piso derramando el resto de perfume que contenía. El frasco estaba debajo del cuerpo de la joven.

Stella no tenía el dinero suficiente para comprar un perfume tan costoso.

¡Me magino, amigos, que ahora sí ven claro lo que pasó!

Diana respondió:

—Ahora sí caigo, Pablo. Ismenia te mintió al decirte que Stella le había robado ese frasco: solo usó parte del mismo, para salir a quitarle el novio. Aunque también es posible que....

Pablo terminó por ella la frase:

—¡Que Stella sí se lo hubiera robado y que se le cayera mientras enterraba a Ismenia!

—¿Estás sugiriendo que hubo una pelea entre las dos mujeres?

Eso implica, Pablo, que hubo tres muertes en esta secuencia: primera, la de Ismenia, que fue asesinada por Stella; segunda, la de esta, por Luis, quien habría vengado a Ismenia; y tercera, la del mismo Luis, quien, desolado, habría optado por quitarse la vida.

—¡Por Dios, Diana! Vas a tener que dejar de seguir viendo esos videos para dormir. ¡Te están afectando el cerebro! ¿No pudiste encontrar una explicación más sencilla?

—¿Cuál, Pablo? Si hay otra, dímelas, por favor... ¡Me rindo!

¡Mío, o de nadie!

—Las cosas, amigos, sucedieron de una manera menos complicada.

Lo que pasó fue que el martes después de haber disfrutado durante ese fin de semana y un día más de prórroga a su novia provisional, Luis se arrepintió y quiso volver con su Ismenia, que era la mujer a quien realmente amaba. Además, ese día era el final del torneo.

Eso fue una terrible decepción para Stella, quien creía que desde el viernes el campeón sería exclusivamente suyo y para toda la vida.

La muchacha, fuera de sí, pensó: *Si no es para mí, tampoco será para Ismenia, ni para ninguna otra mujer*; y suministró a Luis el somnífero que había robado a Ismenia.

Después lo apuñaló, para que pareciera que había habido una pelea.

Fue solo por ese pequeño problema, que Luis no acudió al juego final de la copa de fútbol.

Felipe preguntó:

—¿Y la muerte de Ismenia, cómo ocurrió?

—Stella tomó un tranquilizante que la hizo dormir profundamente. Al día siguiente, cuando despertó y comprendió lo que había hecho, pensó que lo mejor era “endosarle” el asesinato de Luis a Ismenia, y la llamó para, de acuerdo con lo ofrecido, devolverle “intacto” a su Luis, ocultándole el irrelevante detalle de que ya era fiambre.

Stella sabía que de quien menos se sospecharía era de ella, porque los demás la consideraban una inocente y pura muchachita, incapaz matar una mosca o de romper un plato...

En cambio, a la celosa y prepotente Ismenia todos la odiaban; y sabían que estaba tan ofendida por la traición de Luis, que nada extraño tendría que lo hubiese mandado al otro mundo, junto con su noviecita provisional.

Pero los otros eran tan sospechosos como Ismenia.

En efecto:

- 1) Beto había pedido a sus amigos evitar que Luis se llevara a Stella ese fin de semana;
- 2) Rosa consideraba a la joven como la culpable de la terminación de su noviazgo con Beto;
- 3) Manuel estaba frustrado y furioso por el embarque del hotel.
Además, el objeto de su platónico y viejo amor, su dulcinea Ismenia, no le tiraba ni piedras, y solo tenía ojos para el campeón;
- 4) Alfredo odiaba a Luis, porque aparte de ser su rival dentro y fuera del equipo,

era el “segundo plato” de Megan, quien le había manifestado con crudeza que solo aceptaría su proposición de matrimonio, una vez que el entonces campeón renunciara a su “primera opción”;

5) Jairo era capaz de cualquier cosa para proteger a su “nieto” Beto; y

6) *Bigote Morsa* siempre había sido un energúmeno también capaz de todo, con tal de amargarle la vida a sus felices y alegres alumnos.

Cuando Ismenia llegó a la solitaria y apartada cabaña 16, para recoger a su novio, o lo que quedaba de él, Stella estaba esperándola escondida en la entrada, y con una de las grandes piedras del jardín, le aplastó el cráneo.

Furiosa, desfiguró a Ismenia, porque la consideró la causa de su fracaso amoroso.

Eso es típico de los crímenes pasionales; y me dio una clara pista sobre la muerte de Ismenia.

Cerca de la cabaña 16, en un barranco, encontramos las armas de ambos delitos: el cuchillo con las huellas de Stella y la piedra ensangrentada.

Pero entonces llegó Milena...

—¿Quién diablos es Milena, Pablo?

—Milena Osorio fue la mucama de la cabaña 16, Diana. Pero no era muy puntual y se quejaba de que le pagaban muy poco, aunque...

Felipe le rogó:

—Al grano, Pablo. Diana está a punto de reventar...

—Ok, Milena se acercó a la cabaña 16 para verificar que todo estuviera en orden, es decir, que la pareja no se hubiera robado las sábanas.

Y vio en la entrada el cuerpo de Ismenia bañado en sangre. Y como suele suceder, gritó y trató de salir corriendo; pero Stella la alcanzó y, con la misma piedra con que le había roto el cráneo a Ismenia, mató a la mucama.

Todos pensamos que el cadáver de Milena era el de Stella.

En nuestro descargo, podemos decir que ella hizo todo lo posible para que así lo creyéramos, hasta dejó su documento de identidad en el charco de sangre...

La mucama tenía similar estatura y edad que Stella, aunque su piel era morena, mientras que la de la novia provisional era más blanca, por su origen italiano.

Y como yo dudo hasta de mí mismo, no me conformé con una opinión ligera, sino con un examen competo.

Le pedí a Henry que cuando le llegara a la morgue el tercer cuerpo, el que se creía que era de Stella, le avisara a Eduardo para hacerle los exámenes genéticos.

Eso con el fin de tener la seguridad de que el cuerpo era el de la estudiante desaparecida.

Desde luego, los códigos genéticos del tercer cuerpo no coincidieron con los de Stella, ya que entre ambas no existía relación alguna de parentesco.

Para mí, la mudanza de los tres cadáveres no tenía explicación alguna, salvo la de desviar nuestra atención, ya que el desastre que había dejado el asesino en la cabaña 16 era tal, que la policía de todas maneras tendría que investigar.

Por otra parte, el desfiguramiento del rostro de Ismenia era en cierto modo explicable, ya que respondía a un crimen pasional.

Pero el tercer cuerpo, el de Milena, también había sido desfigurado. Y ella era una pobre mucama, que no había tenido vínculo ni trato alguno con la pareja de la cabaña 16.

Entonces me pregunté:

—*¿Por qué el asesino desfiguró a Milena, si no tenía motivo alguno para odiarla?*

Me respondí:

—*Porque no deseaba que reconocieran a la mucama.*

Volví a preguntarme:

—*¿Y por qué el asesino no quería que la reconocieran?*

Y di en el clavo:

—*Porque deseaba que lo confundieran con la mucama y lo dieran por muerto.*

Eso me indicó también que la persona que buscábamos era del género femenino, ya que intentaba que asumiéremos que el cuerpo de Milena era el suyo.

Pablo preguntó a Fowler:

—*¿Recuerdas, Henry, que te dije que tenía una idea loca, revoloteándome en la cabeza? Me respondiste que todas mis ideas eran locas, que nunca habías sabido de una que no lo fuera...*

Henry rio de buena gana:

—*¡Y lo mantengo, Pablo!*

—*Esa “idea loca” era que quizás Stella no había sido una víctima, sino la agente de los tres crímenes.*

—*¿Pero cómo hizo para que la considerásemos una de las víctimas?*

—*Manejando la camioneta de Luis, Stella llevó el cuerpo de Milena a la laguna; y los otros dos, los de Luis y de Ismenia, al sitio donde la pobre Julia, la amante de Ramón, se llevó un susto tan grande que quedará frígida para el resto de su vida.*

A la asesina le fue fácil llegar.

Recuerden que había un camino de granzón a muy poca distancia del sitio de los entierros, que empalmaba con la carreta interna asfaltada del sector de lujo de la urbanización.

La joven usó ese camino para desprenderse de los cadáveres y, después, con la misma camioneta, bajó por la carreta asfaltada, hasta cerca de la entrada.

La dejó allí, mal estacionada y a la vista para que el hampa se la llevara.

Esa era otra forma de desviar la atención, ya que abría la posibilidad de que las muertes fueran obra del hampa común.

Los hombres de Maku encontraron el vehículo abajo, y lo trasladaron a su guarida, para desvalijarlo.

A raíz de nuestra incursión en el vertedero de basura, el Ala móvil realizó las experticias y encontró dentro de la Explorer blanca grandes rastros de sangre de Luis y de Ismenia y, también, de la misma Stella que había impregnado con su propia sangre el cuerpo de la mucama.

Diana preguntó a su feje:

—¿Qué hizo Stella después de deshacerse de los cuerpos de sus víctimas?

—Tomó un taxi, regresó a escondidas al plantel y quizás fue a pedirle ayuda a Beto, o a eliminarlo, para que no contara lo de su parentesco.

Sin embargo, el muchacho estaba atendiendo a Rosa, y no salió de la caseta de Jairo.

La joven se acercó al estacionamiento de visitantes, vio el viejo auto de Beto, y pudo abrirlo sin mayores problemas, porque tenía una ventanilla en mal estado.

Para que sospecharan de él y de Rosa, dejó debajo del asiento sus prendas ensangrentadas.

El interés de Stella en desviar de ella la atención de las autoridades, incriminando a quienes yo sabía que eran inocentes, fue otra de las cosas que me hicieron sospechar de ella.

Limpió torpemente las huellas dactilares que había dejado al abrir el auto de Beto, sin percatarse de que al mismo tiempo estaba borrando las demás; y eso también llamó mi atención, porque las huellas del muchacho tenían que estar en el coche que había conducido recientemente.

Eduardo logró recuperar las huellas de ella y las de Beto; así como las de Manuel, quien se había asomado antes por la ventanilla, buscando a Ismenia.

Diana exclamó, asombrada:

—Stella parecía una tonta e ingenua mujer. La enloqueció el hecho de que Luis hubiera decidido regresar a los brazos de su novia definitiva, Ismenia.

De verdad se había enamorado del campeón; y estaba segura de que Luis se quedaría con ella.

A pesar de su juventud, demostró tener una increíble inteligencia criminal.

Su jefe estuvo de acuerdo.

—Sí. Es posible que de manera deliberada haya dejado semienterrados los cuerpos de sus víctimas.

Si los encontráramos, cerraríamos el caso atribuyendo los tres asesinatos al frecuente final de los triángulos amorosos.

Pensó que todos razonaríamos como tú, Diana, y que la incluiríamos en la lista de víctimas.

La celosa Ismenia o su supuesto acosador y/o Rosa, quedarían como los asesinos de Luis, y de ella misma.

Nadie investigaría, porque supuestamente todos los integrantes del triángulo amoroso habrían muerto.

El suicidio

Diana le preguntó:

—¿Y al final Stella se suicidó, luego de haber asesinado a Luis y a Ismenia?

Pablo exclamó, con fingida sorpresa:

—¡Pero bueno, Felipe! ¿Qué le pasó a tu mujer? Los efectos del cachazo que le dieron como que todavía no le han pasado. ¡Está empeñada en suicidar a Stella!

No obstante, la jefa policial insistió:

—Y si no se suicidó, ¿entonces cómo murió Stella? ¿La mató Jairo? Pudo ser él quien excavó las dos fosas.

—Si hubiera sido Jairo, jamás habríamos encontrado esos cuerpos, porque él es un experto en abrir huecos y dispone de las herramientas adecuadas.

Stella trató de enterrar a sus víctimas, pero eso no le resultó tan fácil, porque no tenía herramientas, y apenas pudo cubrirlos, a pesar de que el terreno estaba blando y húmedo.

Pero recuerda que la estrategia de Stella era que encontráramos los tres cuerpos y que pensásemos que uno de ellos era el suyo.

Felipe, Diana y Marcano intercambiaron miradas, desconcertados.

Morles les aclaró:

—Stella no se suicidó, ni la suicidaron. Está tan viva como nosotros.

Trató de huir por la frontera con el pasaporte que estaba en la cartera que le robó a Ismenia, y quiso hacerse pasar ella.

Felipe preguntó a Pablo:

—¿Logró huir?

—Ella Ignoraba que Ismenia había sido una de mis primeras sospechosas, y que yo había ordenado a las autoridades que me avisaran si intentaba huir del país.

Nuestros hombres me reportaron que una joven con el pasaporte de Ismenia Torres Méndez estaba saliendo por una de las alcabalas internacionales; y les pedí que la retuvieran; porque los muertos no acostumbran a enseñar pasaportes cuando viajan.

Solicité a Magda que se ocupara de asistir psicológicamente a la joven, porque no está en sus cabales.

Después de todo es la hermana de Beto.

Diana exclamó:

—¡Juraba que Stella había muerto!

Pero tú también, Pablo, la diste por muerta:

Recuerda que ordenaste al Ala móvil que buscara su cuerpo en las inmediaciones del lugar donde encontraron los otros.

Sus ropas ensangrentadas aparecieron dentro del auto, y cerca de la laguna había otras.

El Ala móvil afirmó que la sangre era de Stella.

—Sí, pero lo de que su documento de identidad hubiese caído justo sobre el charco de su supuesta sangre, y lo de las manchas en cualquier lugar de las ropas y en el cuerpo encontrado, me hicieron sospechar que podía tratarse de un montaje.

Por esa razón ordené cotejar los ADN.

Las experticias me dieron la razón: revelaron que la sangre de las manchas sobre el tercer cadáver y las del vestido eran realmente de Stella; pero que ese cuerpo no era el de ella, sino el de Milena Osorio.

La pobre mucama estuvo en el lugar errado y en el momento equivocado.

De no haber asistido ese día a su trabajo, estaría viva.

Stela se hirió cuando acuchilló a Luis.

Antes lo habría dormido suministrándole una alta dosis del somnífero que le robó a Ismenia.

Quizás el joven, aún dopado, pudo reaccionar instintivamente, pues era un atleta; e hizo que ella también resultase herida.

Esa reacción explicaría el número de puñaladas que tuvo que inferirle Stella para someter totalmente a Luis; así como el hecho de que se hubiese cortado con la misma arma blanca con la cual lo ultimó.

Para hacernos creer que había sido asesinada junto a Luis, Stella, con su propia sangre, impregnó sus ropas y el cuerpo de la mucama.

—¿Una muchacha tan joven fue capaz de engañar a toda la policía?

—Ella no logró engañar a toda la policía, amiga: ¡a mí no me engañó!

—La modestia no es una de tus virtudes, Pablo.

—Sin embargo, humildemente reconozco, Diana, que no habría resuelto el caso, de no ser por ti.

Diana preguntó, sin poder ocultar su alegría y sorpresa:

—¿Por mí?

—Sí, Diana. Si no hubiera sido por el olor de tu agua de colonia con espanta cucarachas, no habría percibido, por contraste, el delicado aroma del fino perfume francés de Stella.

—¡Tienes suerte de que todavía estoy convaleciendo de mi herida...!

¿No sabes si venden por ahí un agua de colonia espanta Morles?

¡Si la hay, quiero comprar varios galones y si la tienen con cianuro, mejor!

Obras del mismo autor *

Colección de novelas "Casos del detective Morles"

1. Mansión Belnord
2. La dama del avión
3. Balas y flores en el fango
4. La boda de Klaus
5. Cuando la Muerte quiso ser bella
6. El secreto del señor Black
7. La Muerte aprendió a volar
8. No fue ella...
9. La joven de la ducha
10. El Sol de Monet
11. La mano asesina
12. Belinda
13. El Tigre Cebado
14. Stella, la novia provisional
15. El seno de Soraya

Otras novelas

Ojos y piernas

Amarte en Marte (2ª Ed.)

Cuentos

El ángel de los ojos verdes

El postre de Dios

The dessert of God (edición en inglés)

El sensual cuerpo de Cristina

La increíble historia de miss Ester

El misterio de la calle 14

Amor guarimbero

La serpiente de plata

El mejor economista

La Princesa

La cruz y el alcalde

7 cuentos fugaces:

La alegría de vivir

Muerto antes de morir

El pequeño ángel azul

La frontera

El premio

Nisa la pitonisa

El lucero y la llave

Prisma (de 5 cuentos):

La niña del dragón

Werner el gran científico

Chuíto, el santo margariteño

El diamante disfrazado

Una presa fácil

El megabloque

La sombra y 4 extraños cuentos más:

La Sombra
El Cyberbrujo
El beso del halcón
El Huecólogo
La esquina

Novelas históricas

Cuando Bolívar entrevistó a Chungapoma (La Espada del Perú)

El gran Guaicaipuro

Colección de historias y cuentos de Navidad

La Carpa de la Luz

3 cuentos de Navidad:

El lucero y la estrella
El regalo sin envolver
Una feroz Noche de Paz

4 cuentos de Navidad:

El cardenal Keita
Confesión navideña
El abuelo
El árbol de la felicidad

Biografía

Don Juan de Guruceaga, el pionero de las artes gráficas en Venezuela

Ensayo

Historia de dos cuadros

.....

(*) En esta lista no están incluidos los libros de Derecho que Miguel Ángel Itriago Machado ha escrito conjuntamente con su hermano Antonio L. Itriago Machado.